

EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO VIGÉSIMO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, No 4.

1862

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

BOLETÍN DE LINGÜÍSTICA

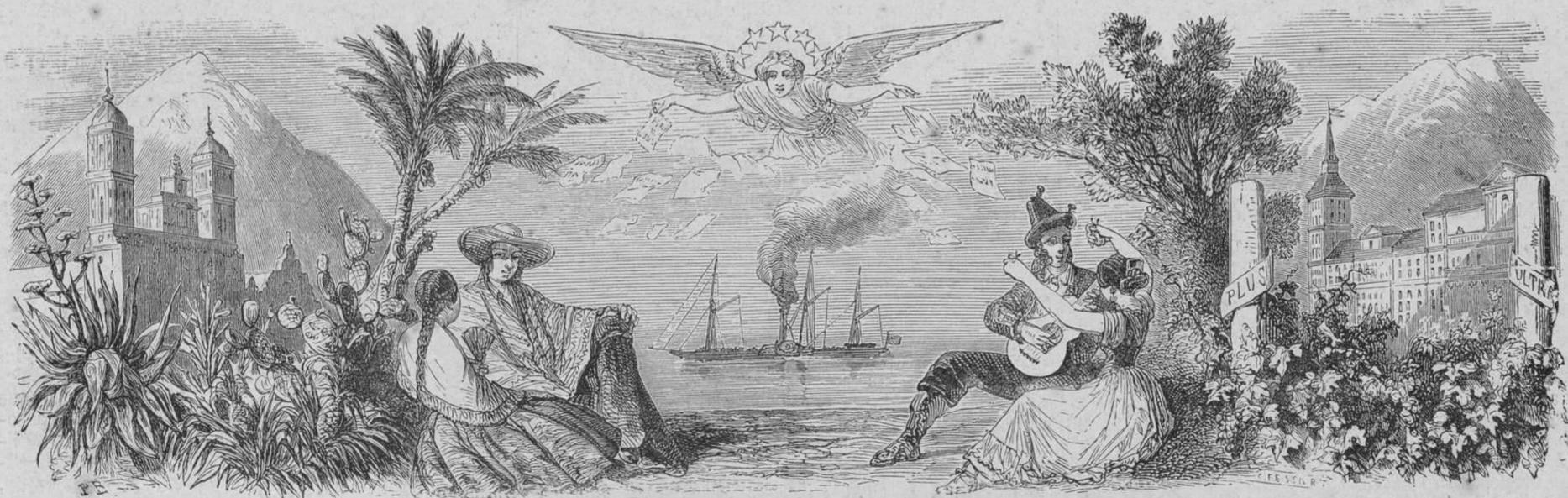
PARTICULAR DE LINGÜÍSTICA

TOMO VIGÉSIMO

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

EL CORREO DE ULTRAMAR

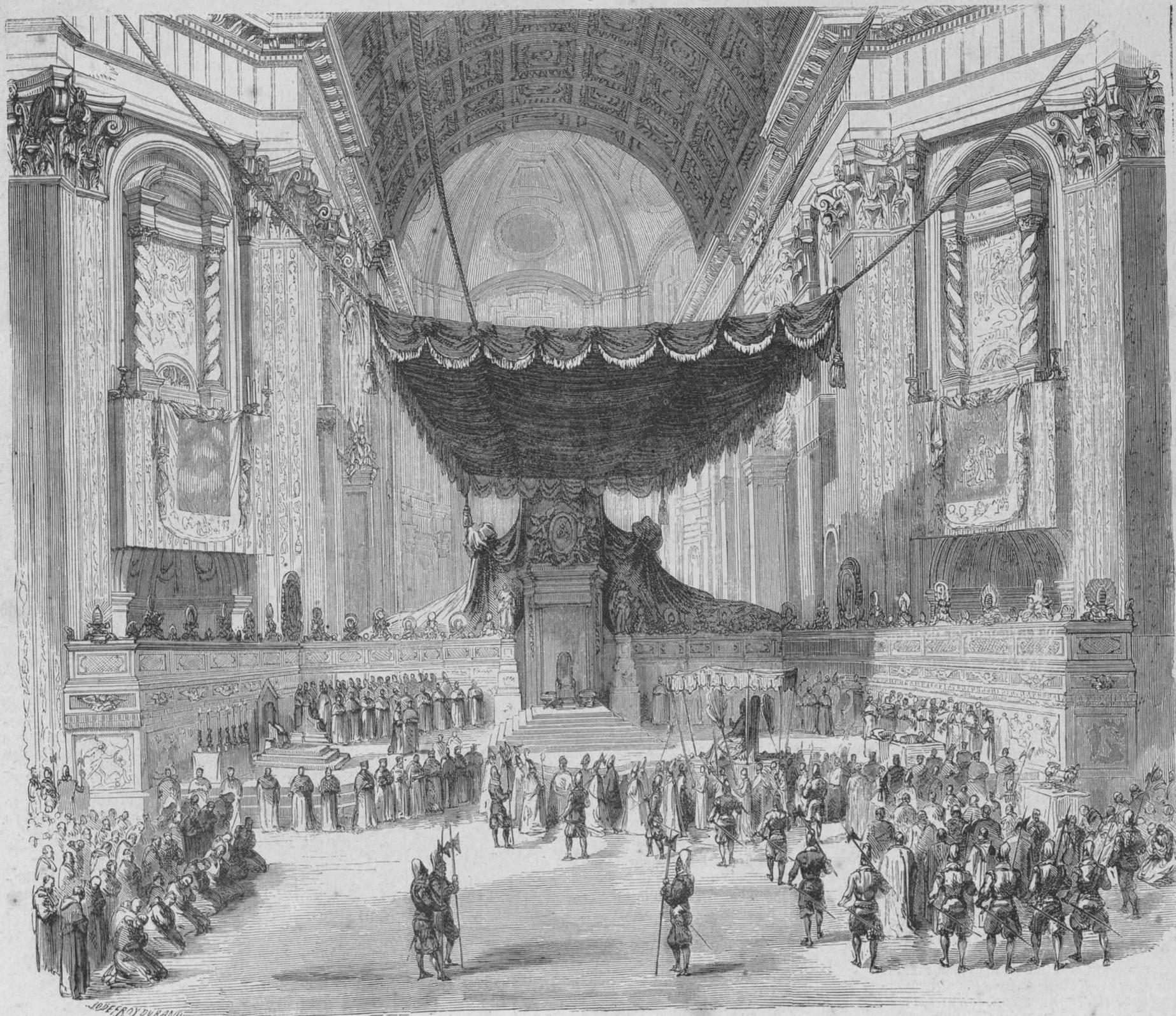
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — Tomo XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 495.



Ceremonia de la canonizacion de los mártires del Japon en la basilica de San Pedro de Roma.

SUMARIO.

Ceremonias de la canonización en Roma: grabado. — **Incendio de las casas consistoriales en Burdeos:** grabado. — **S. A. B. el príncipe de Gales:** grabado. — **El museo Campana:** grabados. — **Revista de París.** — **Sin honra y sin pan.** — **Cantares.** — **Las demoliciones en Ruán:** grabado. — **Viaducto del Sarina en Friburgo:** grabado. — **El egoísta y el filántropo.** — **Acuérdate de mí.** — **Las lavanderas del día del Corpus.** — **Altar levantado por los marinos en la plaza de Armas de Tolón:** grabado. — **Regatas de Cannes:** grabado. — **Valle y república de Andorra:** grabados. — **Revista de la moda.** — **La virtud del ejemplo.** — **Monumento elevado a la memoria de Luis Bonaparte:** grabado. — **Problemas de ajedrez:** grabado.

Ceremonias de la canonización en Roma.

El 8 de junio de 1862, aniversario consagrado por la Iglesia a la celebración de la Pascua de Pentecostés, será de hoy en adelante una de las fechas más memorables de los fastos eclesiásticos del siglo XIX.

Nuestro Santísimo Padre Pio IX, rodeado de los cardenales de la santa romana Iglesia, patriarcas, primados, arzobispos y obispos llegados de Oriente y de Occidente, cercado de su corte, en presencia de inmensa multitud de fieles, a dos pasos del sepulcro del Príncipe de los apóstoles, majestuosamente sentado en la cátedra de autoridad suprema de que está investido, entre el regocijo del cielo y la alegría de la tierra, ha decretado que la Iglesia universal rinda culto de santidad a los bienaventurados Pedro Bautista y sus veinte y dos compañeros de la orden de San Francisco, a Pablo Miki y sus dos compañeros de la Compañía de Jesús, todos mártires, y a Miguel de los Santos, confesor, sacerdote profeso de trinitarios descalzos de la Redención de cautivos.

Iluminaba apenas el alba un magnífico horizonte y saludaban la nueva luz la artillería del castillo de Santángelo y las banderas de la Iglesia enarboladas en todas las torres, cuando el pueblo descendía de las siete colinas, y atravesando por medio de los carruajes que detenían su marcha y revolviéndose en ondas como el pélagos tempestuoso, dirigíase a la basílica Vaticana, cuyo recinto y plaza iba a llenar de bote en bote.

Estaba decorada la basílica con una magnificencia digna de la augusta ceremonia que iba a verificarse, y a los trofeos de Pedro había añadido los de los héroes que su sucesor iba a coronar con la plenitud de gloria prometida a los miembros de la Iglesia militante que han seguido el camino del Salvador.

La fachada de la basílica estaba adornada con la efigie de los gloriosos atletas que despreciaron la vida para ofrecerla en holocausto al Señor. Veíaseles representados en un anchuroso estandarte colgado del gran balcón, sentados entre nubes de gloria, elevados ya de este bajo mundo y trasportados al cielo para embriagarse en la abundancia de la casa de Dios y beber en el torrente de celestiales deleites.

El estandarte ofrecía una serie de cuadros bastante bien pintados, que representaban toda una epopeya de acciones heroicas, por las cuales el espectador se ve obligado a glorificar a Dios, que en tal manera ha exaltado a estos sus veinte y siete escogidos. Veíase que ni las tribulaciones, ni las angustias, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la persecución, ni la espada, han podido separar a estas almas de la caridad de Jesucristo, brillando su grandeza, no en las seductoras apariencias de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y de la virtud.

Allá estan clavados en la cruz sobre la puerta principal del templo, los veinte y tres hijos del mendigo de Asís; en vano se buscará en sus cuerpos clavados en el leño del tormento, la mas leve contorsión de dolor; están predicando aun a la asombrada muchedumbre a aquel Jesús, que muriendo en la cruz, convirtió en honra la ignominia del patíbulo.

A la derecha, en la puerta inmediata, están los tres discípulos de Ignacio de Loyola, crucificados tambien y coronados con la gloria de la fe en medio de las humillaciones del vulgo; a sus pies están prosternados el venerable obispo del Japon, el rey de Arima y el soberano de Omura con sus cortesanos, pidiendo a los mártires que se acuerden de ellos en la morada de delicias donde van a tener la dicha de entrar.

A la izquierda, sobre la tercera puerta, contempla el fiel a Jesucristo poniendo con infinita bondad su divino corazón en lugar del corazón de su piadoso servidor Miguel de los Santos. Breves inscripciones latinas colocadas en las entrepuertas del atrio, indican la solemnidad y prescriben las disposiciones de ánimo con que los fieles deben asistir a ella.

Los límites de este artículo no nos permiten describir a gusto del lector ni las pinturas del interior de la basílica, que representan las acciones, milagros y glorias de los bienaventurados, ni las inscripciones latinas que las refieren, ni el esplendor de la ornamentación, ni la deslumbradora iluminación de los candelabros que se alzaban en el pavimento, de las arañas colgadas de las bóvedas y los arcos, y de los cirios tendidos a lo largo de las cornisas.

Eran poco mas de las siete de la mañana cuando la cabeza de la procesion que acompañaba al Padre Santo comenzó a entrar por las puertas del templo.

Había salido la procesion de la capilla Sixtina, y descendiendo por la escalera régia había atravesado la plaza para llegar al atrio. Los concurrentes, en dos filas, llevaban velas encendidas y un librito de salmos e himnos mandado imprimir expresamente por Su Santidad.

La procesion empezó con el *Ave maris Stella* entonado por Su Santidad.

Al frente de la procesion, y precedidos de los hospicianos y huérfanos, iban con su respectivo estandarte las órdenes mendicantes y monásticas y los canónigos regulares seguidos de la cruz del clero secular, de los alumnos del Seminario, cabildos, canónigos y clero colegial, canónigos y clero de las basílicas menores y patriarcales, precedidos estos últimos de mangas y campanillas. Cerraba la marcha el viceregente con los ministros del tribunal y el Eminentísimo cardenal-vicario.

Los ministros del tribunal de la Sagrada Congregación de Ritos, consultores y prelados de oficio, precedían a los estandartes de los bienaventurados. El primero, que representaba al confesor Miguel de los Santos, iba en medio de seis trinitarios descalzos que llevaban hachas encendidas; cuatro padres de la misma orden llevaban los cordones de seda, y el estandarte iba conducido por cofrades de la archicofradía del Gofallon.

Los hermanos de Santa Maria de la Piedad y de San Francisco Javier llevaban el segundo estandarte, que representaba a Pablo Miki y compañeros mártires. Cuatro padres de la compañía de Jesús tenían los cordones, y otros seis les precedían con hachas. El estandarte de los mártires franciscanos era el tercero, llevado por los cofrades de las Llagas, y precedido de cinco franciscanos con hachas; la sexta la llevaba don Eusebio Muzquiz, descendiente de San Martín de la Ascension; el presbítero don Rosalío, su hermano, llevaba uno de los cordones del estandarte, y los otros tres, tres padres observantes.

Seguía la capilla pontificia por el orden siguiente: los procuradores del colegio, el predicador apostólico, los *Bussolanti*, los capellanes ordinarios, algunos de los cuales llevaban las mitras y tiaras preciosas de Su Santidad; los clérigos secretos, los capellanes de honor y secretos, el procurador general del Fisco, el comisario de la Cámara apostólica, los abogados consistoriales, los camareros de honor y secretos, supernumerarios eclesiásticos, los camareros secretos participantes, los capellanes chantres pontificios, y el personal de los diversos colegios de la prelatura, a saber: los refrendarios de la Signatura, y entre ellos el presbítero asistente, el diácono y sub-diácono de la capilla pontificia, los abreviadores del Parque Mayor, los votantes de la asignatura de justicia, los oficiales de la Cámara apostólica, los auditores de la Rota, y entre ellos el padre maestro del sacro palacio, y con hábitos de dominico.

Los individuos de todos estos colegios llevaban roquete y muceta y sotana de color morado, y los demás dignatarios de la corte pontificia, el traje correspondiente. En pos de ellos iban el director del Santo Hospicio y los capellanes secretos, que llevaban la tiara y la mitra ordinaria de Su Santidad.

Seguía luego el último auditor de la Rota con dalmática, el cual llevaba la cruz papal. El dean prelado de la signatura la iba incensando; siete votantes de la signatura hacían de acólitos llevando cirios adornados de arabescos y papel; cerca de ellos iban los maestros ostiarios, guardianes de la cruz.

El clero secular llevaba ornamentos rojos; el prelado auditor de la Rota, que hacía de subdiácono apostólico, alba y dalmática; el diácono y subdiácono griegos, los ornamentos propios de su rito. Seguían los padres penitenciarios del Vaticano con casullas adamascadas, los abades *nullius*, y los abades generales con capa adamascada y mitra. Los obispos, arzobispos, primados y patriarcas, llevaban tambien capa de lana y mitra de lino; los padres del Sacro Colegio que venían detrás, los ornamentos sagrados de su orden. Los cardenales diáconos con dalmática; los cardenales presbíteros con casulla, y los cardenales obispos con capa.

Mas cerca aun de Su Santidad estaban los conservadores y el senador de Roma, el príncipe asistente al trono, el vicecamarleno y sus dos asistentes, el cardenal diácono ministrante y los dos primeros maestros de ceremonias.

Los personajes llamados de custodia pontificia estaban colocados alrededor del augusto jefe de la Iglesia: oficiales superiores de la guardia de honor palatina, oficiales de la guardia suiza, camareros secretos de capa y espada, maceros, palafreneros y silleros bajo la dirección del furriel y del caballero mayor, llevando en hombros la *Sella gestatoria* en que estaba sentado el Sumo Pontífice, con mitra y capa pontifical, la mano izquierda envuelta en un paño de seda bordado de oro y sosteniendo un cirio, y la derecha alzada de cuando en cuando para bendecir al pueblo.

Este, que cubría la inmensa plaza, se agolpaba y se empujaba para descubrir al infalible maestro de la fe que iba debajo del palio, y se arrodillaba conmovido y respetuoso para recibir la bendición.

Detrás de Su Santidad algunos capellanes cantaban el *Ave maris Stella*: el auditor general de la cámara, el tesorero general, el mayordomo y las corporaciones del colegio de protonotarios apostólicos y generales de las órdenes cerraban la comitiva.

Habiendo mandado el Padre Santo que todas las personas que asistiesen a la procesion entonasen el *Regina celis*, al poner el pie en los umbrales de la basílica, entonaron la antifona. La cabeza de la procesion estaba esperando delante del altar del Santísimo Sacramento. Bajándose Su Santidad de la *Sella*, se arrodilló para orar en el reclinatorio, y todo el concurso que iba en la procesion se arrodilló al mismo tiempo.

Los estandartes fueron depositados en la capilla. Inmediatamente despues subió Su Santidad a la *Sella gestatoria* y se dirigió al presbiterio precedido por toda la

comitiva. Allí, despues de una breve oracion, subió el Padre Santo al trono pontificio para recibir la obediencia que los cardenales le prestaron besándole la mano, cubierta con las franjas de la capa: los patriarcas, primados, arzobispos y obispos, besaban la cruz de la estola, inclinada una rodilla en tierra, y los abades *nullius*, los abades generales y los penitenciaros de la basílica, le besaron el pie.

Todos, tan luego como habían prestado obediencia, iban bajando uno a uno las gradas del trono y tomaban el puesto que les estaba señalado en el recinto del presbiterio. Aquella asamblea de dignidades que rodeaban al Padre de los fieles, formaba un conjunto magnífico y tal como no han logrado contemplarlo muchos de los últimos siglos.

Todas las dignidades que debían asistir al jefe de la Iglesia durante la misa pontifical se colocaron a su alrededor en el siguiente orden: a los costados Sus Eminencias los cardenales Ugolini y Marini, diáconos asistentes: a la derecha, y conforme a su categoría, el príncipe Orsini, asistente al trono, y el marqués Antici Mattei, senador de Roma; la municipalidad romana y los abogados consistoriales: a la izquierda monseñor Fierri, maestro de ceremonias, el decano de la sagrada Rota y los dos camareros secretos asistentes. Sobre las gradas del trono se habían colocado los arzobispos designados por Su Santidad para que le asistiesen, y que eran: el primado armenio de Constantinopla y los arzobispos de Gnesen y Posen, de Alby, de Dublin, de Halifax, de Cincinnati, de Salzburgo, de Caracas, de Olmutz, de Durazzo, de Tiro (rito griego), de Sorrento, de Munich, de Goritz, de Tarragona, de Beyruth (rito maronita), de Damasco (rito griego) y de Záhara. Los patriarcas de Venecia y de las Indias Orientales se hallaban colocados cerca de Su Santidad para tenerle la vela.

Teniendo ya todos los asistentes una vela encendida en las manos, el cardenal Clerelli, procurador de la canonización, acompañado de un maestro de ceremonias apostólico y de un abogado consistorial, se acercó a las gradas del trono, y allí, arrodillándose el abogado, dirigió al Padre Santo las siguientes palabras:

« Beatissime Pater; Reverendissimus dominus Cardinalis Clerelli hic presens, instanter petit per Sanctitatem Vestram catalogo Sanctorum Domini Nostri Jesu Christi adscribi, et tanquam Sanctos ab omnibus Christi fidelibus pronunciari venerandos beatos Petrum Baptistam, Paulum, eorumque Socios Martyres et Michaellem de Sanctis Confessorem. »

Monseñor Pacifici, secretario de los breves *ad Principes*, que estaba al lado del trono, respondió en latín a nombre del Padre Santo, que Su Santidad, aunque plenamente edificado tocante a las virtudes que poseyeron aquellos bienaventurados y a los milagros con que el Señor había manifestado la gloria que gozaban, exhortaba, sin embargo, a los asistentes a que pidieran que descendiesen de lo alto luces sobre el jefe de la Iglesia por intercesión de la bienaventurada Virgen Maria, de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de toda la corte celestial.

Dichas estas palabras se volvieron los postuladores a sus sitios, y dos capellanes cantores entonaron la *Letania de los Santos*, acompañados en el canto, hasta el *Kyrie eleison*, la augusta asamblea y las voces innumerables del pueblo que retumbaban en las bóvedas de la basílica.

Concluidas las letanias volvieron los postuladores al pie del trono, y el abogado repitió la anterior fórmula, añadiendo a la palabra *instanter* la de *instantius*. El prelado secretario le contestó, tambien en nombre de Su Santidad, que quería se impetrase con nuevas oraciones la asistencia del Espíritu Santo, fuente de santidad y sabiduría.

Despues de haberse retirado otra vez los postulantes, el Soberano Pontífice se arrodilló en el reclinatorio y estuvo orando desde que el primero de los cardenales diáconos dijo *Orate*, hasta que el segundo en alta voz dijo *Levate*. El Padre Santo se levantó entonces, imitándole toda la augusta asamblea, que había estado orando el mismo tiempo que Su Santidad. Este entonó en seguida el *Veni, Creator Spiritus*, cuyo himno concluyeron los capellanes cantores, alternando las estrofas.

Despues que el Padre Santo hubo recitado la oracion y tomado asiento, los postulantes por tercera vez acudieron al pie del trono, y el abogado repitió la anterior fórmula, añadiendo a las palabras anteriores la de *instantissime*. A lo cual el prelado secretario contestó, que persuadido intimamente el Padre Santo de que la canonización que se le pedía era grata a Dios, estaba dispuesto a pronunciar la sentencia definitiva.

Al oír estas palabras, la augusta asamblea se puso en pie, y el Padre Santo, puesta la mitra en la cabeza y sentado en la cátedra, como doctor y jefe de la Iglesia universal, habló así:

« Para honra de la santa e indivisa Trinidad, exaltación de la fe católica y aumento de la religion cristiana, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, previa madura deliberación e implorado repetidamente el auxilio divino y en concilio de los venerables hermanos nuestros, cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos de la santa Iglesia romana asistentes en la ciudad, declaramos y definimos que son santos los beatos Pedro Bautista, Martín de la Asunción y Francisco Blanco, sacerdotes; Pablo Miki, Juan Soan y Felipe de Jesús, clérigos; Diego Jacobo Kisa, catequista; Francisco de

San Miguel, Gundisalvo García, Pablo Suzubui, Gabriel de Duisco, Juan Quinzuya, Tomás Danchi, Francisco Tomás Cosaqui, Joaquin Saquijor, Buenaventura Leon Carazuma, Matías Antonio Luis Ibarchi, Pablo Yaniqui Ibarchi, Miguel Cozoqui, Pedro Sequezein, Cosme Raquiza y Francisco Fahelante, seculares, todos mártires, y Miguel de los Santos, confesor, y los escribimos al catálogo de los santos, estableciendo que en cada año, a saber, en el día 5 de febrero Pedro Bautista y compañeros, en el que padecieron por Jesucristo entre los santos confesores no pontífices, deba ser recordada su memoria por la Iglesia universal con piadosa devoción. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.»

Al oír la palabra *Amen* los postuladores volvieron a acercarse al trono, y el abogado consistorial, en nombre del cardenal-procurador, dió gracias a Su Santidad, añadiendo que le suplicaba se dignase mandar expedir las cartas apostólicas concernientes a la canonización. El Padre Santo contestó: *Decernimus*, y le bendijo. El cardenal-procurador se adelantó a besar la mano y rodilla, mientras que el abogado, dirigiéndose a los protonotarios apostólicos, les rogó levantasen acta de todo: a lo cual respondió el primero de estos prelados, volviéndose hacia los camareros secretos llamados a dar testimonio: *Conficiemus vobis testibus*.

Su Santidad, después de ejecutar este grande acto, se levantó, dejó la mitra y entonó el *Te Deum*. Cuarenta mil voces han continuado el canto para desahogar los corazones llenos de entusiasmo y dar gracias a Dios que había permitido ser glorificado en sus santos. Las campanas de la basílica trasmitían la alegría de los asistentes a los fieles que no habían podido participar de ella: los cañones de Santángelo anunciaban a la ciudad eterna el grande suceso, y las campanas de todas las iglesias convidaban a los fieles a rezar las oraciones prescritas para ganar las indulgencias. Los corazones estaban poseídos de santo gozo, de la alegría del Señor.

Después del *Te Deum* recitó en alta voz el primer cardenal diácono el versículo: «Orate pronobis Sancti Petre Baptistæ, Paule vestrique socii et Michael. » ¡Alleluia! Después de contestar el pueblo a este versículo, rezó Su Santidad la oración propia de los nuevos Santos:

«Domine Jesu Christe, qui ad tui imitationem per crucis supplicium primitas Fidei apud Japoniæ gentes in Sanctorum Martyrum Petri Baptistæ, Pauli et sociorum sanguine dedicasti; cuique in corde Sancti Michaelis, Confessoris tui charitatis ignem exardescere fecisti, concede quæsumus, ut quorum hodie solemnitas colimus, eorum excitemur exemplis. Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum.»

La palabra *Amen*, contestada por el pueblo, dió fin al acto de la canonización.

Subiendo en seguida el Padre Santo al trono, se revistió de pontifical para la celebración de la misa; también se dispusieron los prelados citados arriba como asistentes al trono, el excelentísimo señor Mattieu asistía a Su Santidad en calidad de cardenal obispo, Antonelli en calidad de diácono ministrante, y monseñor Nardi, auditor de la Rota, en calidad de subdiácono apostólico. Se ha unido la oración de los nuevos santos a la del día, con la misma fórmula final, y cantando el Evangelio en latín y en griego, pronunció Su Santidad una tiernísima homilía en honor de los veinte y siete confesores de la fe. En seguida el cardenal diácono ministrante rezó el *Confiteor*, añadiendo a las palabras «Pedro y Pablo,» *Petro Baptistæ, Paulo, eorum sociis et Michaeli*.

Dirigiéndose entonces el subdiácono con la cruz en la mano al trono, promulgó la indulgencia plenaria concedida a todos los fieles presentes a la ceremonia, y parcial para el que visite los sepulcros de los santos el día consagrado a su fiesta. Al dar la bendición apostólica el Padre Santo, incluyó los nombres de aquellos en la fórmula: *Sanctorum Petri Baptistæ, Pauli, eorum sociorum et Michaelis*.

En el ofertorio se ha hecho la presentación de las oblacones de cirios, pan, vino, agua, dos tórtolas, dos palomas y algunos pajarillos.

Las oblacones estaban colocadas en tres mesas a la izquierda del altar. En cada una de esas tres mesas, que correspondía a las tres diversas postulaciones, había cinco cirios en los que estaban pintadas las armas pontificias y las de la orden del santo; dos cirios de estos pesaban a 65 libras cada uno, y los restantes 12.

Al lado había en platos de plata dos panes, dorado el uno y el otro plateado, con las armas del Soberano Pontífice; dos barrilitos, dorado también uno y plateado otro, contenían el vino y el agua, y tres jaulas, las tórtolas, palomas y pajarillos.

Sabido es que el honor de presentar las oblacones al Padre Santo está reservado a los cardenales de la congregación de Ritos con asistencia de sus gentiles-hombres, religiosos de la orden de los Santos, ó de alguna que otra persona que tenga título para este favor.

Los Eminentísimos cardenales Patrizi, de la orden de obispos; Gouset, de la de presbíteros; Ugolini, de la de diáconos, y Clarelli, procurador de la canonización, han ido a tiempo del ofertorio a las mesas, seguidos de las personas designadas para llevar las oblacones, y se han presentado en seguida ante el trono guiados por un maestro de ceremonias y precedidos por los maceros apostólicos.

El cardenal postulador, que marchaba al lado del cardenal obispo, ha subido las gradas del trono y se ha colocado al lado del Pontífice. Avanzando entonces hacia el trono el cardenal obispo, ha cogido de manos de sus gentiles-hombres los dos grandes cirios que han presentado a Su Santidad. El Soberano Pontífice los ha bendecido y enviado al postulador, quien los ha vuelto a enviar a Su Santidad: lo mismo se ha hecho con las palomas.

El Eminentísimo cardenal presbítero ha ofrecido entonces los dos panes llevados por sus gentiles-hombres, y el cardenal procurador el segundo cirio pequeño y la jaula de tórtolas.

Después ha ofrecido el cardenal diácono los dos barriles de agua y vino que habían llevado sus gentiles-hombres, y el Eminentísimo procurador el tercer cirio y la jaula de pájaros.

Colocados en sus respectivos sitios todos estos personajes, excepto el cardenal-procurador, que ha permanecido en el escabel del trono, se han hecho las otras dos oblacones: la una para los santos jesuitas, en la que han tomado parte los cardenales Altieri, Scytowicz y Botundi, y la otra para San Miguel de los Santos, en la que han tomado parte los cardenales de Reisach, Villecourt y Roberti.

Habían terminado las oblacones.

Entonces el Padre Santo, dejando el gremial que había tenido durante la presentación, se ha lavado las manos con el agua que le ha echado el senador de Roma y enjugado con la toalla que le tenía el cardenal obispo asistente; después ha continuado la misa el Soberano Pontífice.

Concluido el santo sacrificio y ofrecido el *Presbiterio*, según costumbre, por el Eminentísimo decano del Sacro Colegio, se ha quitado los ornamentos Su Santidad en la capilla de la Piedad y se ha retirado a sus habitaciones.

El número de fieles de todas condiciones y naturalezas que ha concurrido a la basílica para participar de las emociones de esta ceremonia ha sido extraordinario y superior a lo que podía esperarse. Estaban en tribunas separadas SS. MM. el rey y la reina de las Dos Sicilias, S. M. la reina viuda de Nápoles, sus hijos el conde y la condesa de Trani, los condes de Trapani y Doña Isabel María, infanta de Portugal. El cuerpo diplomático y todos los grandes personajes romanos y extranjeros estaban igualmente en las tribunas.

La ceremonia ha acabado a la una de la tarde: la multitud ha pasado el resto de este gran día alegre y recogida. Por la noche han estado iluminadas las iglesias de los franciscanos, jesuitas y trinitarios y otros edificios, y en especial el puente de Santángelo, cuyos estribos estaban cubiertos de antorchas y faroles, que se reflejaban en las aguas del Tiber.

Hé aquí ahora la alocución pronunciada en la capilla Sixtina por nuestro Santísimo Padre el papa Pío IX, el día 6 de junio de 1862, y dirigida a los sacerdotes católicos que han acudido a Roma para asistir a la solemne canonización de los mártires japoneses:

«Espectáculo admirable y agradabilísimo es para nos el veros reunidos en tan grande é inusitado número con los venerables obispos de todo el orbe, alrededor de nos y de la cátedra docente del bienaventurado Pedro. Merced a este espectáculo, no solo experimentamos alivio en nuestros dolores, sino que casi nos olvidamos de ellos.

Debido es todo a Dios, autor de la paz y la concordia, quien ha dado a guardar a su Iglesia la unidad en el vínculo de la paz, para que todos los fieles sean un solo cuerpo y una sola alma. En esta unidad estriban principalmente la gloria de los fieles, la honra de la Iglesia y el terror de sus enemigos, a cuyos ojos presenta la Iglesia aspecto tan imponente como un ejército formado en batalla. Alistados en este ejército bajo el mando de vuestros pastores, presidido por el jefe supremo, y firmes en vuestras filas, obedeced las voces de mando con la misma disciplina que en un ejército subordinado a su general sus capitanes. Lo que hoy acontece en medio de las causas de dolor propias de esta época, es para que los pastores se agrupen más estrechamente unos con otros en derredor de su jefe.

Seguid pues sus pasos y continuad adheridos a la Sede apostólica con el triple vínculo de la oración, la caridad y la doctrina; de la oración, que hiende las nubes hasta llegar al cielo, y por medio de la cual nos obtenemos la posesión de todo bien y el alejamiento de todo mal: de la caridad, en cuya virtud nos crecemos en todas cosas por medio de aquel que es la cabeza, Jesucristo, por el cual crece y se eleva también todo el cuerpo unido y compacto: de la doctrina, en fin, con la cual nos conservamos intacto el depósito de la fe, y por la cual la Iglesia, como que está inundada de la luz del Señor, espárese sus rayos por todo el orbe. No se nos oculta que son tristísimos los tiempos presentes, y que el blanco principal de los tiros es la cátedra de San Pedro. Pero se halla esta tan sólidamente fortificada por Dios, que ni la depravación herética podrá nunca corromperla, ni la perfidia pagana derribarla.

Por eso se estrellará contra esa piedra la osadía de toda crédula impiedad, y se desvanecerá como los ensueños añejos y las fabulas muy repetidas. Así que regreséis cada uno a vuestra patria, enseñad todo esto a los fieles que están bajo vuestra custodia, é imbuid en ellos cada día el espíritu católico con que vosotros habéis podido ampararos a manos llenas en la fuente de la unidad: que sepan los fieles que todo arroyo que deja

de nutrirse en la fuente se seca: que sepan además, que solo serán coronados aquellos que hayan legítimamente combatido; que sepan, en fin, que todos deben sostener y defender firmemente la unidad de la Iglesia.

Tened por seguro, que así dispuestos y siguiendo con eficacia el ejemplo de vuestros pastores, Dios, infinitamente bueno é infinitamente grande, confirmará con su celestial bendición este lazo de unidad, y recibid como sólida garantía nuestra bendición apostólica, la cual os damos a todos con grandísimo amor, y no solo a vosotros, sino también a los fieles confiados a vuestra custodia, esperando que vuestra venida cerca de nos servirá para que les lleveis frutos espirituales. Asimismo os otorgamos de nuestra propia voluntad la gracia, de que el día que designen vuestros respectivos obispos, podáis, cuantos aquí os halláis reunidos, procedentes de varias naciones, dar por una vez a los fieles encomendados a vuestro celo espiritual, la bendición apostólica con aplicación de indulgencia plenaria para los que, purificándose con la confesión sacramental y recibiendo la sagrada comunión, oren fervorosamente ante el Padre de las misericordias por la exaltación y triunfo de la santa madre Iglesia.»

Incendio de las casas consistoriales de Burdeos.

El 13 de junio último a las once y cuarto de la noche un municipal que pasaba por el patio de Albret vió que salía un vivo resplandor de la ventana del segundo piso de las casas consistoriales mas inmediata al pabellón del centro. Este agente corrió a dar aviso; pero algunos empleados de la alcaldía, auxiliados por otras personas, habían roto ya las puertas que conducen a este aposento para esforzarse en apagar el fuego antes que tomase incremento. Pronto conocieron que sus esfuerzos serian inútiles, y media hora después, a indicación suya, tocaban a rebato la campana mayor y las de la catedral.

La población acudió en seguida en masa al sitio del desastre, y casi al mismo tiempo los bomberos y los soldados de la guarnición estaban en su puesto. El foco del incendio estaba en la parte posterior del cuerpo de edificio de la derecha que da a los jardines, y las llamas eran violentas y amenazaban el pabellón central.

Se organizaron los auxilios, pero desgraciadamente no pudo asegurarse en seguida el servicio de las bombas por todos lados, pues en algunos puntos faltó sin duda el agua por no haberse encontrado las llaves de las fuentes. Esto dió tiempo al azote para tomar incremento y desafiar durante dos horas todos los esfuerzos.

El ala del edificio donde había principiado el fuego contenía los archivos y varias oficinas de administración, y las riquezas bibliográficas y casi todos los manuscritos fueron presa de las llamas. Un resplandor inmenso se proyectó sobre toda la fachada iluminando siniestramente la ciudad, é hizo creer en un desastre mayor del que realmente lamentamos.

El pabellón central, que desaparecía entre las llamas a cada instante, inspiró seria inquietud, pues se vió muy pronto que su conservación dependía únicamente de la pared de separación del ala derecha, pared robusta que solo podía protegerlo. Se sacaron los muebles mientras trabajaban las bombas, y se trataba de limitar el incendio.

El segundo piso tuvo que abandonarse al fuego, y a las doce de la noche las vigas carbonizadas se rompieron y cayeron, la techumbre del centro fué rápidamente devorada y la del ala derecha se desmoronó con estruendo, no quedando en pie mas que el asta de la bandera, la campana del reloj y el para-rayos.

Una hora después el suelo del segundo piso del pabellón del reloj se desplomó sobre el del primero, en la parte donde se halla la sala de sesiones del ayuntamiento, la cual, sobrecargada con un peso tan enorme, cedió también y cayó en el gran salón de recepciones llamado del Emperador.

El desplome de estas techumbres puso en peligro de muerte a ocho personas que se hallaban en la sala de sesiones, y eran el capitán de bomberos M. Baliaud, y los zapadores Smid, Czae, Boyer, Ripanchand, Banquey y Durand, los cuales cayendo entre los escombros, se salvaron milagrosamente de un peligro inminente, recibiendo tan solo algunas heridas mas ó menos graves. Tenemos la satisfacción de añadir que no ha habido ninguna desgracia de importancia, a pesar del celo de los trabajadores y la generosa imprudencia de los bomberos y soldados.

A las dos se había dominado el incendio, que ha ido disminuyendo desde entonces.

Se presume que las pérdidas materiales ascienden a cuatrocientos ó quinientos mil francos, que indemnizaran las compañías de seguros; pero la pérdida mas irreparable es la de los archivos, que contenían la historia del país hasta nuestros días.

No se sabe a qué atribuir las causas del incendio. Circula el rumor, pero no es mas que un rumor, de que los empleados de la sección de obras públicas, que acostumbraban a fumar en la oficina, dejaron en el suelo una punta de cigarro, que fué la causa del incendio; pero este rumor es inverosímil, porque dichos empleados salen de la oficina muchas horas antes de la que principió a declararse el fuego.

Ha podido salvarse la caja de la alcaldía, y solo se han perdido tres mil francos.

El consejo municipal ha destinado fondos para socorrer á los heridos.

Ya hemos dicho que la poblacion acudió en seguida al desastre. Los habitantes guiados por su celo se dedicaron á sacar los cuadros del museo cuyas salas se extendian sobre los pisos incendiados. «¡Libremos los cuadros!» exclamaban por todas partes, y cada cual se precipitaba á los lienzos. En el tumulto algunas pinturas se estropearon algo, pero la mayor parte de ellas llegaron sanas y salvas á lugar seguro. Fué un milagro que no hubiese mayor número de desgracias que deplorar, pues la confusion era muy grande.

Sin embargo, varios cuadros debieron quedar comprendidos en el desastre. Con efecto, los marcos demasiado pesados para poder ser manejados facilmente permanecieron en sus puestos donde muy pronto los consumirian las llamas. Lo mismo ha debido suceder con los lienzos que guarnecian las salas y corredores de los pisos altos. La sala que encerraba la *Cacería de leones* de M. Delacroix, el *Paisaje* de M. François, el *Incendio del Austria* de M. Isabey y el *Combate de Sidi Ibrahim* de M. de Neuville, no sufrió nada en la catastrofe. Tambien se ha conservado el gran lienzo de M. de Jouy que representa *Urbano Grandier*; pero el *Embarque de la duquesa de Angulema en Pouillac*, por Gros, hubo de resistir durante algunas horas la accion de las bombas; no obstante, los daños que ha sufrido tienen remedio afortunadamente. Los cuadros de la escalera principal han quedado intactos. La pequeña estatua de Luis XV fué sacada sin averia: es el modelo de un monumento ecuestre que adornó en otro tiempo la plaza Real, inaugurado el 10 de agosto de 1743.

Un regalo de cuarenta y cinco cua-



S. A. R. el príncipe de Gales.

droso hecho á Burdeos por el Museo central de Paris en 1802, fué el núcleo de la coleccion actual, que se engrandeció con los donativos del Estado y de particulares, y varias compras que la pusieron en primera linea entre las colecciones departamentales. Antes del incendio el Museo contaba quinientos cincuenta y un cuadros y veinte y ocho obras de escultura.

Hé ahí el museo salvado en gran parte, pero no puede decirse lo mismo de los archivos y del gabinete de dibujos, donde han sido presa de las llamas manuscritos de reyes, de principes y de personajes ilustres que constituyen una pérdida irreparable.

O. M.

El museo Campana.

(Véase el número 493.)

A falta de catálogos de la série de las vasijas que hasta hoy no han podido darse al público, se han puesto letreros en cada sala que guian al espectador por medio de esa coleccion tan numerosa. El primer salon contiene las vasijas de pasta negra de Cerveteri, de Chiusi, de Vulci y de Veies: cerámica singular que pertenece exclusivamente á la Etruria. ¿Tenemos aquí el principio del arte tosco de los alfareros etruscos, ó es por el contrario la decadencia, el fin de esa fabricacion? Los extremos se tocan, y el mal gusto de un arte que se acaba se parece mucho á las probaturas de un arte que comienza. La ciencia se encuentra apurada para resolver esta cuestion. Sea como quiera, nada mas curioso que esas vasijas negras de las formas mas singulares, unas elegantes, otras toscas,



Incendio de las casas consistoriales de Burdeos.



Bajo-relieve. — Figuras de Sátiros.



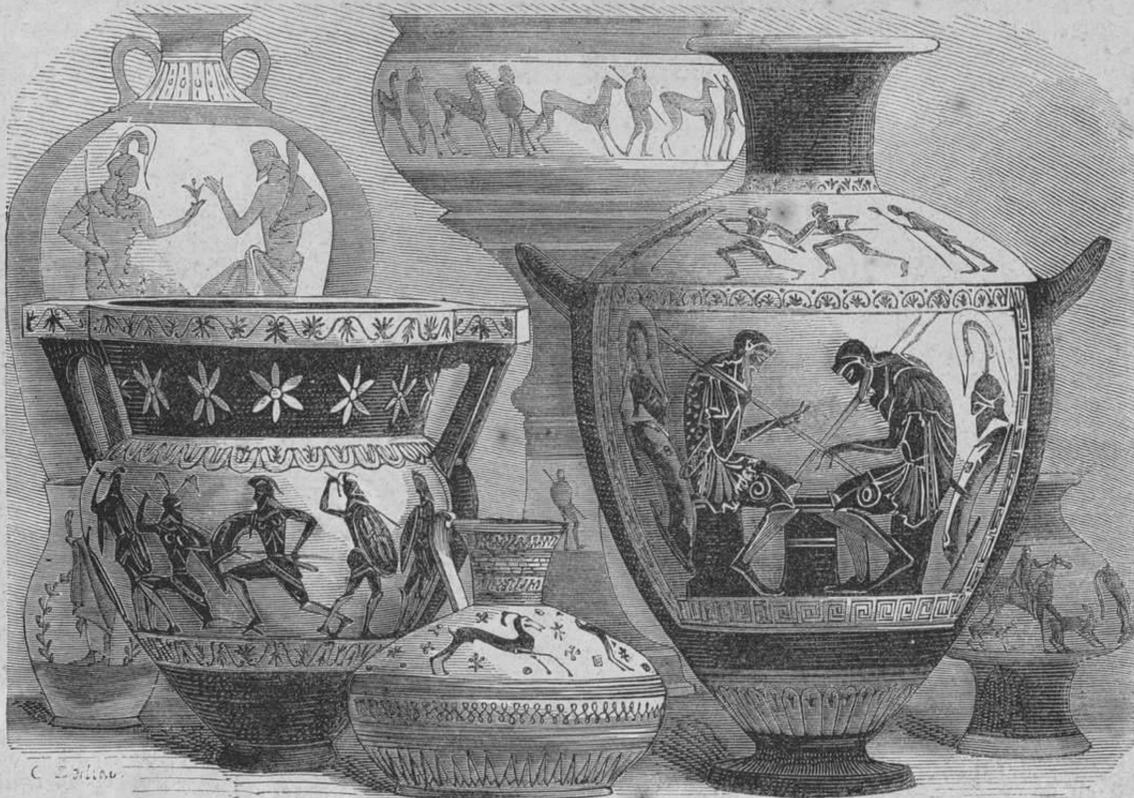
MUSEO CAMPANA.
Anfora.



Bajo-relieve. — Hércules llevando presentes á Peles.

adornadas con figuras de hombres ó de animales en bajo-relieves. Hé aqui las canapes coronadas con cabezas barbudas, las anchas ánforas, las hidrias, nombres poéticos que realzan un poco el uso vulgar en que se empleaban esas vasijas, pues á decir verdad vemos en la colección todos los cacharros de la casa etrusca, las jarras, los barreños, los platos y hasta el *puchero* sobre su hornillo de tierra cocida. Hay un cacharro notable, y es el que tiene el cuello medio cerrado por una placa de tierra cocida, especie de filtro adherido á la vasija. También citaremos los *focolari* ó fogones, a cuyo lado encontraron utensilios de cocina. En derredor del salón se ven en errecido número esas grandes vasijas sin asas, esos *dolium* acanalados, con algunos adornos en relieve, que servían para el aceite ó el vino.

La serie siguiente lleva el nombre de vasijas de Corinto. Estas vasijas provienen de los descubrimientos hechos en los sepulcros de Agylla y de Cerveteri. Sobre una tierra de co-

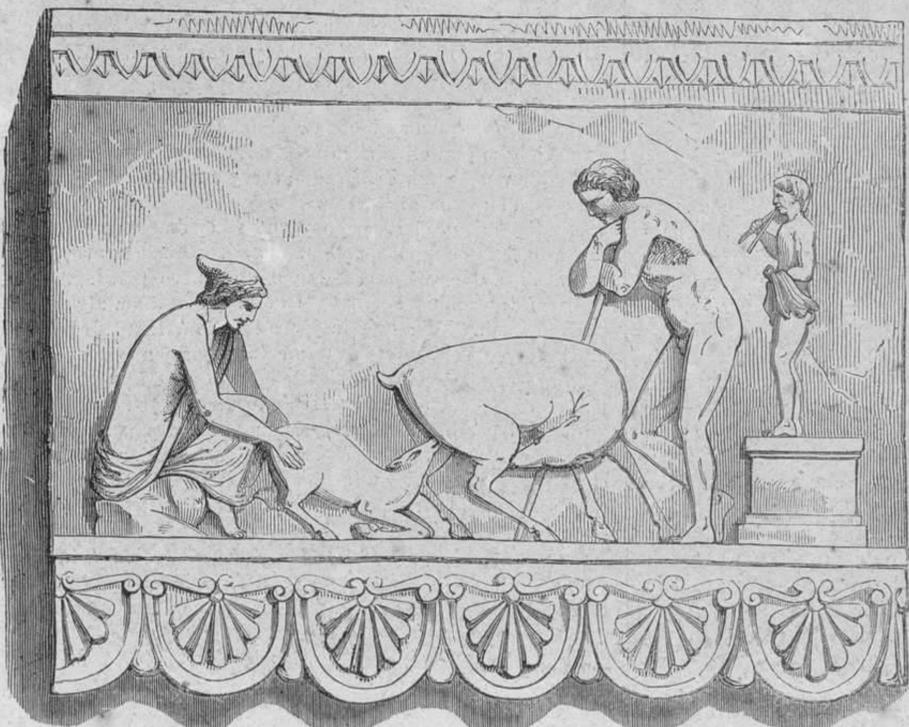


Guerreros combatiendo. — Vasijas diversas. — Aquiles y Ajax jugando á los dados.

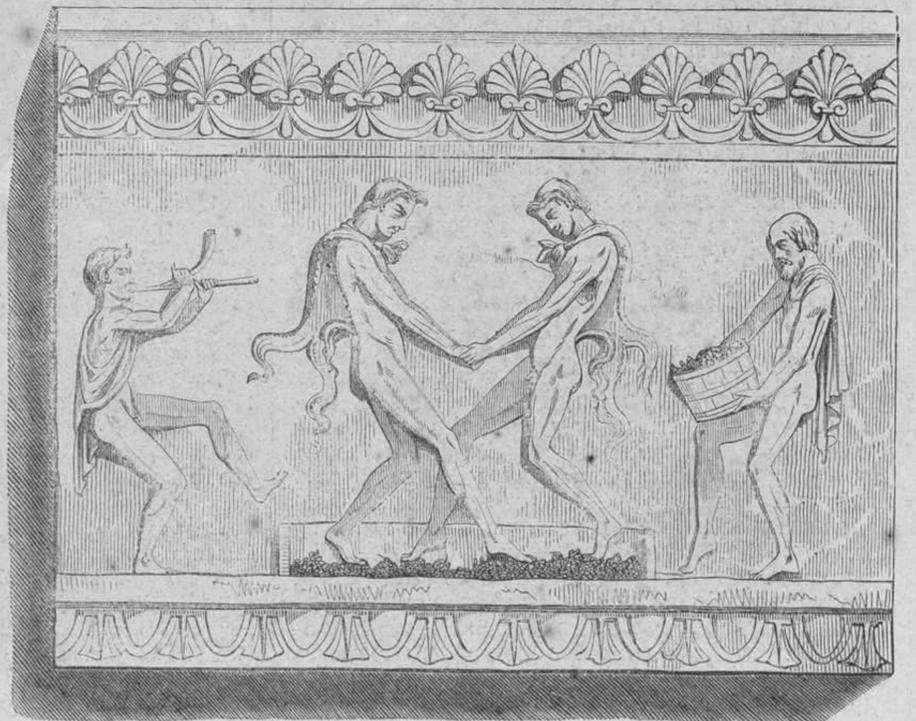
lor blanquecino se ven pintados en negro y encarnado unos animales que recuerdan los que adornan las vasijas de estilo asiático. Estos objetos presentan inscripciones de caracteres arcaicos corintios, análogos á los recogidos en los mármoles descubiertos en la isla de Corfu, lo que da á esta alfarería un origen indisputable.

Aquí se ocurre una pregunta: ¿provenían de Corinto estas vasijas halladas en las tumbas etruscas, ó fueron fabricadas en la Etruria por artistas corintios? Todo induce á creer que fué esto último.

El primer griego que llegó á establecerse entre los etruscos fué un heredero de la raza real de los Bacchiades de Corinto, Demarate, que arrojado de su ciudad natal, fundó un establecimiento en Tarquinies. El fugitivo llevó en su compañía una especie de colonia, y entre los que siguieron al corintio desterrado se encontraban un alfarero y un dibujante, Eucheir y Engrammos. Estos artistas introdujeron pues en su nueva patria los procedimientos usados en Corinto, y



Bajo-relieve. — Pastores griegos.



Bajo-relieve. — Sátiros pisando la vendimia.

se formó en la Etruria una colonia de alfareros griegos que dió el mayor impulso á la cerámica antigua. El estilo de las vasijas denota una época muy remota y contemporánea de los reyes de Roma: al ver esos animales largos, esas representaciones mitológicas, esos ornatos al gusto oriental, se conoce que el arte griego no ha tomado aun posesion de sí mismo, que permanece en la imitacion y que sufre una influencia enteramente asiática. Para convencerse de esta influencia, no hay mas que echar una ojeada á la colección de vasijas pintadas de esa serie en el museo que examinamos. Esas vasijas, con sus figuras de animales naturales ó fantasticos, recuerdan la ornamentacion usada en el antiguo Oriente, ya en las copas de plata sobredorada halladas en la isla de Chipre, ya en las copas de bronce descubiertas en Ninive. Hay objetos que tienen una fisonomía mas acentuada aun, y son los quince jarrones encontrados en la tumba lidiense, de que hemos hablado allecto, en derredor de aquellas dos figuras tan orientales por su traje y caracter. Esos objetos, con sus pinturas encarnadas, blancas y oscuras, de tonos vivos, parecen obra de algun artista de Egipto ó de la Siria. No todos son de la misma época, pero todos tienen el sello de un comun origen. Sin duda alguna, se continuaron aun esas relaciones del Occidente entre las colonias y la madre patria, y los etruscos habian constituido ya hacia tiempo su nueva existencia en el territorio italico, cuando todavia permanecian siendo tributarios de la civilizacion de los orientales. Los navegantes fenicios debian servir de mediadores entre el Asia y los diversos pueblos que habitaban las márgenes del Mediterráneo, y por esto la Etruria, puesta en contacto permanente con el Asia, sufrió su influencia durante muchos siglos.

Llegamos á las vasijas italo-griegas, que tanto abundan en todos los museos y colecciones particulares. Sabido es qué variedad de formas, qué capricho en el dibujo reinan en esa elegante alfarería. Ya lo hemos dicho: aqui revive el arte griego en toda su elegancia y pureza. Hay objeto que por la perfeccion de su dibujo nos hace pensar en lo que debian ser las obras de los grandes artistas de la Grecia. La colección Campana no ofrece piezas de un mérito asombroso; pero si encierra objetos muy notables. En las vasijas de pinturas negras sobre fondo amarillo y encarnado, debemos señalar la *Despedida de Hector y de Andrómaca*, el *Juicio de Paris* y el *Combate de los dioses y de los gigantes*. Tambien hemos visto hermosas vasijas panatenaicas de diversos tamaños. No olvidemos una preciosa vasija en la cual están representados Aquiles y Ajax sentados ambos, con el casco en la cabeza, las armas detras de ellos, y arrojando los dados sobre un cubo de piedra que tienen delante. Una anfora de tamaño regular ofrece una bonita composición: la muerte de Sarpedon. El cuerpo del héroe lidiense, herido por Patrolo, acaba de ser arrancado á las manos de los griegos por Apolo; el dios ha lavado á ese hijo de Júpiter, le ha perfumado con ambrosia, y los genios alados del sueño y de la muerte, que han tomado á Sarpedon de las manos de Apolo, se llevan su cadáver á Licia. Este dibujo rebosa gracia y sentimiento. Tampoco debemos olvidar las copas con pinturas negras que pertenecen á la serie que nos ocupa, y cuyo dibujo es perfectísimo.

Las vasijas italo-griegas de pinturas encarnadas sobre fondo negro, existen aun en mayor número y presentan objetos muy hermosos. En primera línea citaremos la copa en donde está figurada la lucha de Hércules y Anteo: el luchador gigante sucumbe ahogado en los brazos del dios. Este asunto está tratado con vigor y energia en un cuadro limitado. De todas las composiciones que ofrecen las vasijas de la colección, esta es sin duda alguna la mas bella; pero hay otra que aunque menos notable por el dibujo, es de mas importancia por la actividad que presenta; es la hermosa vasija de la *Expiación de Orestes*. Sentado sobre el omfalos de Delfos, Orestes, con su vestidura echada al hombro, tiene en la mano el arma con que ha herido á Clitemnestra, para separar á las Furias. En pié detras del parricida, está Apolo cubierto con un rico manto sembrado de estrellas. El dios agita sobre la cabeza del asesino un gorriño asido por una de las patas traseras, y cuya sangre expiatoria esparce sobre el cuerpo del criminal: detras está su hermana Diana. La presencia de los dioses tutelares ha calmado á las Furias dormidas; en vano la sombra de Clitemnestra trata de arrancar de su sueño á las diosas infernales; los dioses son momentáneamente mas fuertes que los remordimientos, y aquel que se ve perseguido por el pensamiento de su crimen, se calma un instante bajo la mano de Apolo extendida sobre su cabeza. Este notable *oxybaphon* de la fabrica de Armentum fué encontrado en 1841. Aun tendríamos que señalar muchas vasijas y muchos dibujos, pero debemos limitar nuestra tarea; sin embargo, indicaremos algunas obras que llevan los nombres de los célebres artistas *Pamphaios*, *Andocides* y *Panthalios*, y la bonita serie de las copas y vasijas de la fabrica de Nicostenos.

Esas pequeñas anforas guarnecidas de asas lisas y anchas, enriquecidas con pinturas en sus cuellos, en sus piés, en sus panzas y en sus asas, variadas en forma y color, y que tienen todas los nombres de Nicostenos, no forman la parte menos interesante de la colección, pues ofrecen preciosos documentos al estudio de las fabricas de cerámica. Despues de haber señalado las vasijas de Nola, vasijas de pinturas encarnadas que se distinguen por la finura de su pasta, el brillo de su color negro y la elegancia de sus dibujos, no nos quedará mas que mencionar los productos ceramicos de Cumes y de la Basilicata. Aqui asoma ya la decadencia. Se nota descuido en el dibujo, los ornatos abundan, el es-

malte es pálido. A esa época pertenecen tambien las alfarerías de pinturas blancas sobrepuestas, con figuras de hombres y mujeres, bustos, guirnalda de flores y follajes de mediana ejecución y de gusto dudoso. Aqui entran las vasijas de relieves con mascarones y florones como ornatos de trabajo sea griego, sea romano, y en fin la alfarería encarnada de Arezzo, que se parece tanto á la romana.

De este modo pues, desde los primeros dias de la cerámica antigua hasta los últimos, se sigue en el museo Campana la historia de ese arte que ocupó un puesto tan considerable entre los antiguos. Lo repetimos: el valor principal del museo Campana está en el crecido número de monumentos que muestra á los estudios arqueológicos, en la multiplicidad de recursos que ofrece á los sabios y á los artistas. Seguramente, de todas las colecciones de Europa, no es esta la mas rica en vasijas excepcionales por su hermosura é interés, pero en cambio es la mas completa por las series que contiene, y como tal, es de una superioridad positiva sobre todas sus rivales.

H. L.

Revista de Paris.

Los jefes tuaregs han desaparecido de Paris lo mismo que aparecieron, misteriosamente. Estos hombres velados que han examinado en la capital las principales cosas dignas de ser vistas sin descubrirse el rostro del tupido velo que usan en el desierto, han llegado á Argel, habiendo precipitado su marcha por los dias de agua y de frio con que nos ha gratificado Saint-Medard, el célebre santo de la lluvia. Es proverbial en Francia que cuando llueve el dia de Saint-Medard, no lo deja por espacio de cuarenta dias, y efectivamente, esta vez parece que el dicho popular anda en camino de cumplirse. El comandante M. Mircher ha dirigido al gobernador general de la Argelia un informe sobre el viaje del cheik Othman y de sus dos sobrinos, que abunda en curiosos pormenores. «El movimiento de nuestras ciudades, dice este documento, la prodigiosa variedad de productos que ofrecen nuestras fábricas y nuestros almacenes han sorprendido profundamente á los jefes tuaregs. No se podria designar lo que mas ha llamado su atencion, pues todo lo admiraban extraordinariamente; su cabeza se trastornaba en medio de tantas riquezas y bajo la impresion de tal fecundidad; pero seguramente lo que han sentido ha excedido muchísimo á la idea que se habian formado de la Francia antes de su viaje.»

El informe enumera despues las visitas hechas por los tuaregs á las fábricas de Lyon, y en Paris á los Gobelinos, á la imprenta imperial, los museos, el Jardín de Plantas y demás establecimientos dignos de ser vistos.

El frio de Paris en el mes de junio ha impedido á Si Othman emprender el viaje á Londres que tenia proyectado; y se ha dado prisa para regresar á su patria, no sin haber escrito una carta pomposa al emperador, dando gracias por la buena acogida que ha tenido en Paris, y manifestando que se marchan «no admirados, sino espantados de la grandeza del imperio.» Otros recuerdos han dejado tambien en Paris, que son de notar cuando se trata de unos individuos, que han sido considerados poco mas ó menos como habitantes de un jardín zoológico, y que sin embargo han demostrado con sus actos que no son tan extraños como parece á la cortesanía y la finura.

Un curioso que quiso poseer en su album un autógrafo de los tuaregs, presenta hoy su colección de firmas ilustres enriquecida con este pensamiento de Si Othman, escrito en árabe:

«Cuando se ha visto á Paris no hay ya necesidad de velo; se cierran los ojos, porque nada queda por ver en el mundo.»

Y en otro album se lee lo siguiente:

«Hemos venido velozmente desde el fondo de nuestros oasis al mar sobre las naves del desierto, pero hemos venido con mayor velocidad aun desde Argel á Marsella por el agua, y de Marsella á Paris por el fuego que devora el espacio.»

Hé ahí una poesía natural que nadie podia prometerse de esos hijos del desierto.

El domingo último fué un gran dia para los aficionados á las excursiones campestres. Como dijimos en la semana anterior, se inauguraba el nuevo campo de carreras en Fontainebleau, y el ferro-carril se llevó aquella mañana muchos miles de personas que deseaban asistir á esa hermosa fiesta.

El sitio que ocupa el hipódromo ha sido elegido con acierto: dista apenas tres kilómetros de la estacion, y es de un acceso fácil para los carruajes. El perímetro cuenta ya 2,400 metros y puede aumentarse todavia; en suma, este nuevo campo de carreras reúne todas las condiciones necesarias para obtener un buen éxito. SS. MM. el emperador y la emperatriz asistian á las carreras, y excusado será añadir que á su lado brillaban las principales notabilidades de la corte.

Por la noche hubo un gran baile en el palacio, en la galería de Enrique II, obsequio dispuesto por la emperatriz en favor de los habitantes de Fontainebleau y de sus cercanías.

Nada mas suntuoso que esta galería de Enrique II, que está considerada como la maravilla del palacio de Fontainebleau, y que se llama tambien el Salon de las Fiestas. Fué construida por Francisco I y decorada por Enrique II, y cuenta treinta metros de larga sobre diez de anchura. Penetra en ella la luz por diez inmensos balcones cuyos huecos sobre la galería tienen cerca de tres metros de profundidad. El techo de madera de nogal se halla dividido en cuarterones octogonos de fondo de oro y plata. Las paredes se hallan guarnecidas de artesonados de encina, que alcanzan á dos metros de altura, y están enriquecidos con filetes, cifras y emblemas de oro. Pero sobre este magnífico revestimiento la galería de Enrique II posee una decoracion mas preciosa aun, cual es la de una serie de composiciones pintadas debidas á la fecunda imaginacion del Primitivo. En todo el salon reina una tribuna sostenida por consolas llenas de escultu-

ras, y por último, enfrente de la puerta se eleva una chimenea monumental que ocupa toda la altura de la galería.

Se ha dicho, y con razon, que en esta galería estaban pintados los gustos y las pasiones de Enrique II, las costumbres y las artes de la época. Aquel soberano ostentaba abiertamente el amor que le habia inspirado la hermosa Diana de Poitiers, y así es que sus cifras se muestran enlazadas por todas partes. A los dos lados de la chimenea no se ven mas que los emblemas de Diana. En cuanto á los asuntos de las pinturas, son todos mitológicos, lo que acusa tambien el gusto de la época. Inútil será decir que estas pinturas han sido restauradas en diferentes tiempos, y que se ven en la actualidad como si acabaran de salir de mano del artista, pues en Francia es cosa natural la conservacion de los grandes monumentos del arte.

Ahora bien, este local tan espacioso como espléndido resplandecía de luces y diamantes en la noche del domingo último. La emperatriz se mostró con los convidados de una amabilidad suma, y la fiesta se prolongó hasta las dos de la mañana.

El deseo de visitar la Exposición de Londres ha trastornado la cabeza de una joven parisiense hasta el punto de cometer una locura que la ha hecho comparecer ante los tribunales ingleses. Los diarios británicos cuentan de esta manera sus aventuras:

Hace pocos dias se presentaba ante el alderman de Londres Besley una joven de diez y seis años llamada Margarita de X... domiciliada en Passy (Paris), y detenida en Londres encubierta con un disfraz masculino. Hé aquí los motivos que produjeron su arresto:

Una de estas últimas mañanas á eso de las cinco y media, el agente Fenning, que pasaba por San Martin el Grande, distinguió á un joven sentado sobre la escalinata de Queen's Hotel, y preguntándole qué es lo que hacia en aquel sitio y á tales horas, el joven le respondió en buen inglés que estaba descansando de una larga fatiga.

Al examinar el rostro y al oír la voz de su interlocutor, el agente hubo de conocer que tenia delante una mujer disfrazada. Entonces preguntó por qué trataba de ocultar su sexo, y el joven dió una contestacion en francés que no pudo comprender el agente.

A todo esto la mujer se habia levantado y se disponia ya á retirarse, cuando el agente la detuvo y la suplicó pasara con él á la estacion de la policía.

Llegada á este despacho, la pidieron que entregara lo que tenia en los bolsillos, y presentó á los agentes tres billetes de cien francos, seis napoleones y alguna moneda inglesa; además depositó igualmente una *Guía de Londres* y un vocabulario anglo-francés.

El alderman Besley preguntó, por medio de un intérprete, á la joven, porqué habia ido á Londres, y porqué se habia disfrazado, y la parisiense contestó que habia abandonado la casa de su tia con quien vive en Passy, á fin de ver la Exposición, y que se disfrazó para ejecutar con mas facilidad su proyecto.

Habia llegado sola y no conocia á nadie en la metrópoli. Quiso hospedarse en el hotel de M. Mouflet, á quien fué presentada por un individuo que habita en el mismo hotel, como un joven llegado á Londres á la última hora, y que deseaba una cama.

Llevaron al joven extranjero al cuarto que le destinaron; pero Margarita tuvo la imprudencia de hablar al subir la escalera, y M. Mouflet reconoció por el sonido de la voz que era una mujer, con cuyo motivo, lejos de recibirla, salió á buscar un policeman para que la prendiera, pero cuando este llegó, ya la joven habia desaparecido.

Despues el fondista supo que la joven vestida de hombre era hija del baron de X..., que se halla hoy en América, y de la baronesa X..., que vive en Versalles.

Por el telégrafo se vino á saber tambien que la familia tiene un amigo en Londres, M. Ludlow, abogado, que podria informar en el asunto; el alderman opinaba que seria bueno esperar algunos dias para que los amigos de Margarita vinieran á reclamarla, pero la joven queria, por el contrario, que se tomara una decision definitiva inmediatamente con respecto á ella.

El alderman expone que no tiene deseo alguno de mandar que lleven á la cárcel á Margarita, pero que tampoco puede dejarla sin proteccion en una ciudad como Londres. Añade que si un amigo la reclamara, no tendria inconveniente en entregarla, y justamente, al decir esto, aparece M. Ludlow, á quien habian informado del caso.

M. Ludlow al ver á Margarita vestida de hombre y con el cabello corto, prorrumpe en lágrimas y se oculta el semblante con las manos.

El fondista ofrece al alderman una habitacion para la joven hasta tanto que sus amigos la reclamen; y el alderman propone que celebren una entrevista particular en el gabinete contiguo M. Ludlow y Margarita, á fin de escogitar los medios para salir del apuro en que se hallaban.

Efectivamente, el abogado y su protegida conversan á solas durante algunos minutos, y cuando aparecen de nuevo, M. Ludlow declara que si es verdad que no conoce personalmente á Margarita, tambien afirma que no le queda duda alguna sobre su identidad. Piensa que la joven ha ido á Londres solo para ver la Exposición, y que es una calaverada y no otra cosa.

El alderman concluye diciendo que no puede poner á Margarita en libertad sin tener acerca de ella informes mas completos, pero que hará llevadera su prision por todos cuantos medios tenga en su mano. La enviará á la cárcel de Newgate con una carta de recomendacion para el gobernador, M. Jonas, á fin de que la reciba y la trate con todas las consideraciones debidas á su sexo y posicion.

Margarita sale pues del tribunal con direccion á la cárcel, donde sin duda tendrá tiempo para reflexionar en los inconvenientes de emprender excursiones á pais extranjero del modo que acaba ella de ejecutar su peregrina escapatoria.

No nos cansaremos de repetirlo: los diarios judiciales constituyen un repertorio de hechos notables que caracterizan perfectamente el espíritu de la época en que vivimos. Hace pocos dias contábamos la odisea de M. Serre, ese famoso capitalista que ofrecia miles de millones para las empresas mas gigantescas, sin otro objeto que el de hacer caer en sus redes á unos cuantos

infelices; hoy la policía acaba de descubrir otra intriga por el estilo y de una grande importancia, no solo para el comercio francés, sino para el de muchas partes del mundo.

Habiase abierto en París en la calle Meslay, con mucho estrépito de anuncios y circulares á las casas de comercio mas acreditadas, un establecimiento de comision, que segun su programa, extendia sus operaciones en toda Europa, en Egipto y hasta en América.

Esta casa famosa disponia de fondos considerables (léase imaginarios), que la eran enviados para compras de mercancías, sobre todo de los artículos de París.

Todo en el establecimiento parecia organizado en grande escala. Allí se hablaban todas las lenguas; los carruajes obstruían la calle, y era aquello una procesion de gentes que entraban y salian con talegas al hombro.

Desde por la mañana hasta por la noche se oía el ruido de las monedas de oro que se ponian en la caja. En suma, el aparato escénico se hallaba perfectamente combinado para seducir al público y hacerle creer que era aquella una de las principales casas de comercio que puede haber en el mundo.

Tres socios, uno francés, otro holandés y otro inglés se hallaban á la cabeza de los negocios.

La empresa pareció tan sólida y bien organizada, que en un momento en que la guerra de América producé un entorpecimiento en las transacciones, muchos comerciantes vieron en esta nueva casa una compensacion providencial, y como en ella solo se operaba por grandes cantidades, se apresuraron á enviarla grandes partidas de artículos que tenian de sobra en sus almacenes.

El pago se hacia en papel á corto plazo, y la época del vencimiento era igual en todos los pagarés que se firmaban.

Las mercancías se enviaban á Londres inmediatamente.

El día prefijado todos los comerciantes acudieron con sus pagarés, y se encontraron con dependientes recién admitidos y que no tenian noticias de semejantes deudas. Los amos habian desaparecido. Reconociendo entonces que habian sido víctimas de una estafa, dieron queja, y las diligencias practicadas han dado el resultado feliz de la prision de los tres socios, hecha en el instante en que iban á salir para Londres.

Por la instruccion del sumario se ha venido á saber que estos individuos formaban parte de una sociedad perfectamente organizada que trabajaba á la vez en España, Portugal, Inglaterra, Bélgica y Holanda. En el día se espera que en todos estos países los miembros de tan culpable empresa serán puestos tambien á buen recaudo.

En cuanto á teatros, nada nuevo en la semana. Y decimos nada á pesar del drama titulado *Delfina Gerbet*, por MM. P. Foucher y Regnier, porque esta obra no es de las que pasarán á la posteridad como una gran produccion literaria. La ficcion se funda en una idea falsa y chocante: se trata de una lucha de amor filial por partida doble; es una jóven que tiene aliento para sofocar la voz de la sangre á fin de seguir las inspiraciones de la gratitud. No puede ser mas triste este resultado. No obstante, hay interés y situaciones dramáticas; pero esto no basta, y á pesar de ciertos elogios interesados, el público no considera *Delfina Gerbet* como una obra importante.

La diversion á la moda en París es hoy el Concierto de los Campos Eliseos, alternado por las representaciones del Circo. El Concierto es el punto de reunion de la buena sociedad francesa y extranjera; no se nos pregunte cuál es el programa, pues nadie concurre por la música, y si solo por verse y conversar en un inmenso salon que monopoliza la sociedad de veinte ó treinta salones.

En cuanto al Circo de la Emperatriz, presenta, sobre todo los sábados, un espectáculo en otro espectáculo; todas sus graderas están ocupadas por una muchedumbre elegante, la misma que la del Concierto, y que viene aquí con igual intencion, es decir, con el firme propósito de no ocuparse para nada de la funcion ecuestre que sirve de pretexto á estas reuniones propias del verano.

MARIANO URRABIETA.

Sin honra y sin pan.

(DOLORA.)

— ¡No llores, hija del alma!
Ven á mis brazos y alienta,
Que ya está cerca la venta
Donde nos recogerán.
— ¡Ay! ¡madre del alma mia!
No sé qué tengo, que siento
Que ya me falta el aliento...
Madre mia, ¿tienes pan?
— Hija mia, ten valor.
Vamos, vamos...
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— ¡Ay! madre mia, si dicen
Que no hay lugar do durmamos,
Si en el campo nos quedamos,
De nosotras ¿qué será?
— No lo creas, hija mia.
¿Habrà alguno tan impío
Que morir de hambre y de frio
Sin piedad nos dejará?...
¡Hija mia, ten valor!
¡Vamos, vamos!

De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— Dí, madre, ¿porqué mi padre
Venir solitas nos deja,
Y de nosotras se aleja?
¿Dó está mi padre?... ¿Dó está?
— No sé, mas quizá mañana
Le veremos, hija mia.
¡Verás, verás qué alegría
Volver á vernos le da!...

— ¡Ay, madre! tendré valor
¡Vamos, vamos!
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— ¿Porqué te detienes, madre?
¡Estás, como yo, temblando,
Y como yo, estás llorando!...
¡Tienes hambre!... ¿no es verdad?

— Hija, si encuentras un día
En este mundo á tu padre,
Díle que tu pobre madre
Le bendijo al espirar.

— Madre, ¿te falta valor?...
¡Vamos, vamos!
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— Dí á tu padre que perdono
Su ingratitud, su falsía,
Y que por tí, vida mia,
Pedí mendigando el pan.

Díle que mi amor fué puro
Y grande cual tu inocencia,
Y díle que á su conciencia
Se lo puede preguntar.

¡A morir, hija!... ¡Valor!
— ¡Vamos, vamos!
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— ¡Está cerrada la venta!
— ¡Ay, madre! y ¿á dónde iremos?
— Espera, que llamaremos
Implorando caridad.

— No nos abren, madre mia.
Sentémonos aquí, madre,
Y así, si viene mi padre,
Mas pronto nos hallará.
Madre, tengamos valor.

— Sí, hija mia,
Que ya pronto
Vendrá el día,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

Y cuando montes y valles
Alumbraba el nuevo sol,
Estaban sus almas juntas
En la presencia de Dios.

CARLOS FRONTAURA.

Cantares.

En aras de tu belleza
Quemé el incienso de amor,
El oro de mi bolsillo,
La mirra del corazón.

Arbol que al cielo levantas
Tu copa de flores llena,
No escondas tus ricos dones
A los pájaros que vuelan.

Cuando el reló dé las doce,
Yo saldré del cementerio,
Para ver si en vivos sueñas
O si ruegas por los muertos.

Hijo mio, cuando muera,
Mi nombre verás escrito
En la losa de mi tumba
Y en el libro del olvido.

Del pleito en que tú eres parte
Yo mismo te nombro juez,

Mas que seas mi verdugo
No lo puedo comprender.

Aunque á la córte me parto
No temas que yo te olvide,
Que la lluvia de los cielos
A la tierra se dirige.

No bajas los ojos, niña,
Cuando te encuentres conmigo,
Que si los alzaras vieras
Que ni tan solo te miro.

Tienes los ojos azules
Como las olas del mar;
A veces dicen bonanza
Y otras veces temporal.

De día cantan los pájaros,
De noche cantan las ranas,
« Descansad » dicen las unas,
Los otros « ya viene el alba. »

El motivo de mis quejas
De día te lo diré;
De noche te sonrojarás...
Y no lo pudieras ver.

Las estrellas que de noche
Brillan en la oscuridad,
No han visto la luz del día
Ni podrán verla jamás.

Era una flor sin espinas,
Eran amores sin celos,
Era una mujer constante...
Mas todo junto era un sueño.

Tu corazón por lo visto
Se parece al heliotropo,
A todo el mundo le dices:
« Solo á tí miran mis ojos. »

Mientras danzabas anoche
Decian gentes villanas
Que al salir del tocador
Te pusiste colorada.

Hay un río en este mundo
Cuyas arenas son de oro;
Por cogerlo unos se ahogan
Y otros se manchan de lodo.

TERENCIO THOS Y CODINA.

Las demoliciones en Ruan.

Las grandes ciudades de Francia siguen las huellas de la capital, es decir, tratan de embellecerse y sanearse. El dibujo que damos en la página siguiente representa las demoliciones de calle Anciere en Ruan, que han dejado á descubierto la magnífica cabecera de la iglesia de San Vicente y el hermoso perfil de la torre de San Andrés. Esta vasta zanja que ha tomado ya el nombre de calle de la Emperatriz, se prolonga ahora, salvo una ligera solución de continuidad, hasta el boulevard Bouvreuil, no lejos de la estacion del ferro-carril (orilla derecha).

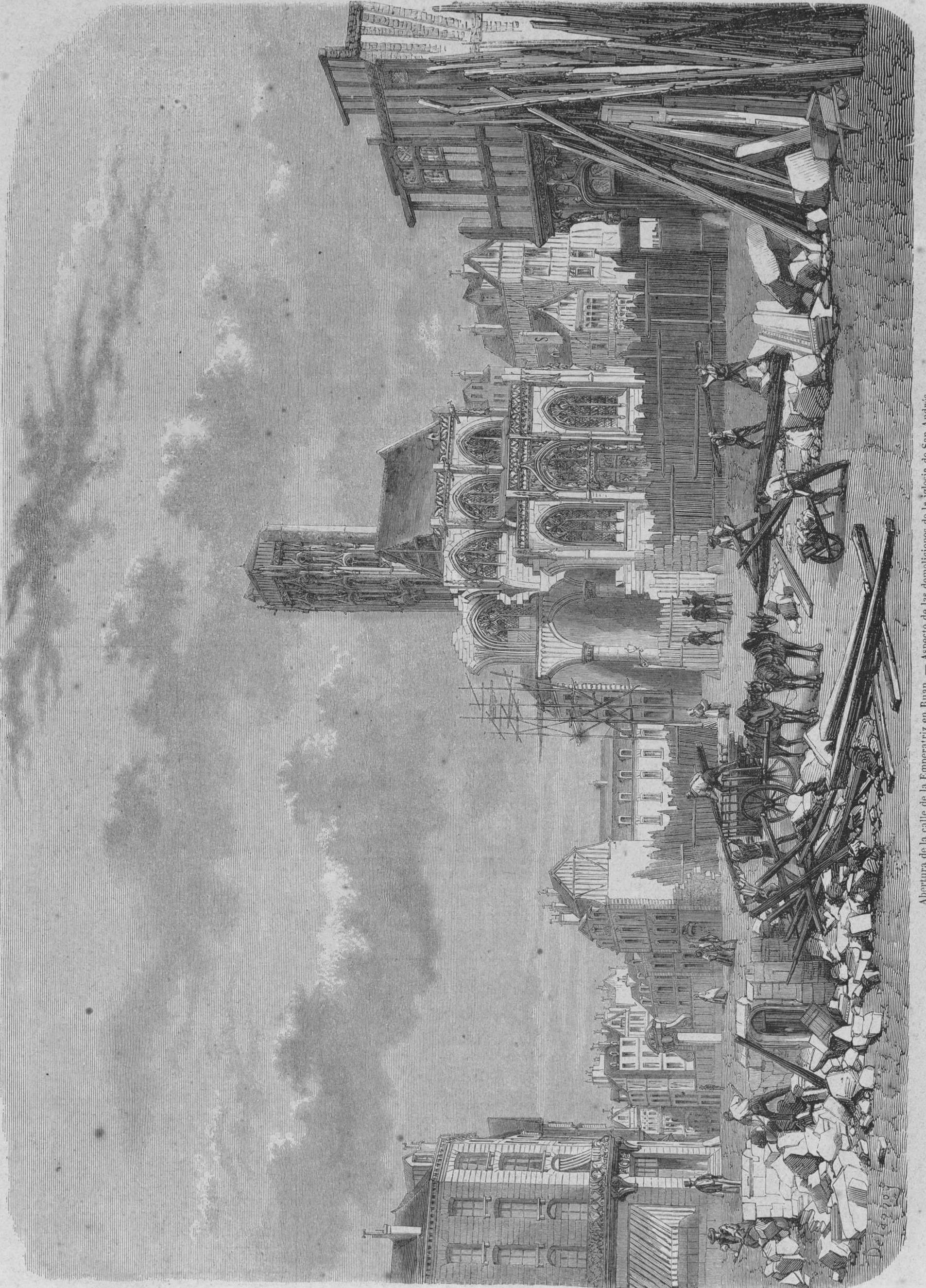
Formando la cruz con esta última, que se atraviesa en la plaza Solferino, la calle del Hotel de Villa tambien se halla abierta en parte, y lo mismo sucede con la prolongacion de las calles de los Judíos y Saint-Ló que desemboca en el Mercado Viejo, y con el ensanche de la calle de Faulx, en el barrio Saint-Ouen.

El espectáculo que esas grandes aberturas ofrecen á las miradas del espectador tiene algo de extraño é indescripible. Las antiguas casas de madera tan diferentes por sus formas caprichosas, por el color de sus paredes, y que durante algunos siglos se han mantenido en pie con asombro de todo el mundo, han sido demolidas. Varios artistas extranjeros han ido últimamente á Ruan para dibujar esas ruinas; pero ya es algo tarde, pues poco, muy poco queda en pie del antiguo conjunto. Sin las diversas obras en que se hallan consignados los tipos de las antiguas construcciones, no quedaria de ellas ni memoria.

Es verdad que en nuestra época el amor á las comodidades triunfa generalmente del culto de los recuerdos. Ruan ha sido cuna de altas celebridades, y sin embargo, no sabemos que ningun millonario de esa ciudad haya tenido jamás la idea de vivir en la calle de la Pie, en la casa del gran Corneille. El último inquilino de esta barraca, donde nació el célebre poeta tragico, era un cerajero. Para echar abajo en la calle de los Judíos la casa del pintor Jouvenet hubo que despedir de ella á un humilde maestro de obra prima. Un licorista ha establecido su mostrador en el antiguo domicilio de Boieldieu, calle de los Ours. En cuanto á la morada del filósofo Fontenelle que se levanta á la esquina de la calle de Bons-Enfants está habitada en la actualidad por un desollador de chimeneas.

Sin embargo, en lo concerniente á las cosas de arte no se debe pasar ningun cuidado; pues la inteligente solicitud del municipio sabrá libertarlas del olvido colocándolas entre las demás curiosidades del museo del departamento.

A. F.



Abertura de la calle de la Emperatriz en Ruan. — Aspecto de las demoliciones de la iglesia de San Andrés.



Viaducto del Sarina en Friburgo (Suiza).

Viaducto del Sarina en Friburgo (Suiza).

El viaducto del Sarina en Friburgo que se está terminando actualmente, es una de las obras más gigantescas que se hayan construido hasta aquí para el establecimiento de las vías férreas en Europa.

La altura tomada sobre el camino en el punto más bajo del valle, es de 78 metros, y el largo total es de 334 metros. Esta distancia se halla dividida en siete compartimientos por seis machones de base de fábrica, cuya altura varía según el perfil del valle, y coronada con una parte metálica de una elevación de 43 metros.

El peso total de los hierros y fundiciones empleados será de 3.260.000 kilogramos, de ellos 1.530.000 para el tablero, y 1.730.000 para los machones.

El peso de un machón es pues de 288.300 kilogramos, de ellos 200.800 de fundición y 87.500 de hierro.

A consecuencia de estas dimensiones la construcción de la obra presentaba dificultades considerables que excluían los diversos modos empleados hasta entonces en las obras de este género ó las hacían sumamente costosas.

Estas dificultades fueron vencidas satisfactoriamente por los ingenieros de la compañía del Creusot, que emplearon un nuevo sistema, el de hacer servir el mismo tablero para la elevación de los machones, montándole sobre el terraplen de uno de los estribos y llevándole sucesivamente al aplomo de cada machón para hacer bajar las piezas destinadas á la elevación de estos últimos.

En nuestro dibujo se distingue todo el tablero, del cual tres compartimientos fueron colocados primeramente en el puesto donde están los tres últimos. Por medio de un sistema de encaje y de una cadena marina sujeta á un árbol móvil colocado hacia atrás, llevaron la punta del tablero al aplomo del primer machón, dejándole resbalar sobre ruedas de fundición y guiándole en su marcha por galetes horizontales.

Cuando el tablero llegó á ese punto, las piezas del machón fueron bajadas por medio del carroton móvil que se distingue al extremo, y colocadas sucesivamente hasta el último de los cinco pisos de columnas que componen el estribo. En el último piso se puso un armazón provisional para sostener cuatro rodillos destinados á recibir en la nueva marcha las plantas de la viga del tablero, y este, al que habían añadido el cuarto compartimiento mientras elevaban el machón, fué llevado por otra operación de halaje al aplomo del machón siguiente, en cuya elevación se procedió de la misma manera.

De lo que acabamos de exponer resulta que se necesitaban cuatro operaciones para llevar el tablero al punto en que le representa nuestro dibujo, y que faltan tres para que descanse en los dos estribos: cada una de estas operaciones dura de ocho á diez horas, y diez y ocho hombres dando vueltas á la manecilla de las ruedas de encaje ponen en movimiento esa masa considerable.

Los gastos de construcción de ese viaducto y de la línea entera han sido enormes; el *pobrecillo* cantón de Friburgo que no cuenta más de 150.000 almas, se ha impuesto el sacrificio de tomar prestados 20 millones para subvencionar á la compañía del camino de hierro.

La ciudad de Friburgo situada sobre un peñón escarpado y cortado á pico de una altura de 150 metros, posee dos puentes colgantes de construcción atrevida que llaman la atención de los viajeros. El viaducto del ferrocarril á dos kilómetros de la ciudad, será no menos digno de interés, pues nada hay más pintoresco que su situación, y nada más extraordinario que el efecto que produce á los ojos del observador, que llegando por el bonito paseo del Palatinado, y bajando al valle por el bosque situado á la izquierda de nuestro dibujo, se encuentra al salir de ese bosque al pie del inmenso puente sostenido en los aires por sus machones calados de una ligereza nunca vista.

Entre dos de los machones corre el riachuelo del Sarina que baja de las montañas del Oberland Bernés, donde tiene su nacimiento, riega de paso el hermoso valle del Gruyere, serpentea caprichosamente al pie de las rocas, sobre las cuales se ve la ciudad de Friburgo, y á pocos kilómetros del viaducto reúne sus aguas con las de los ventisqueros del Aar.

B. D.

El egoísta y el filántropo.

¿Es el principio egoísta el móvil de nuestras acciones? Muchas veces lo hemos dicho: no hay efecto sin causa. El orden físico está sometido á leyes. El orden moral obedece á las suyas. Pero algunas diferencias las distinguen, y las definen y las separan.

Todas las leyes obran fatalmente sobre el mundo y sobre el hombre, pero los efectos de las unas se dejan sentir siempre; los resultados de las otras pueden variar y varían en proporción al uso que hacemos de nuestra libertad. Las leyes físicas que rigen el curso de los astros son de suyo inalterables y sus efectos son ineludibles. Las leyes morales que obran sobre el espíritu son también eternas, pero el hombre puede huir de su rigor, y gozar de su bondad. La ley de la expiación se manifiesta bajo diversas formas. Tras el trabajo está la ciencia, tras la ciencia la verdad, tras la verdad la dicha. Tras el abandono está la ignorancia, tras la ignorancia el error, tras el error el sufrimiento. Y el trabajo ó el abandono dependen de la voluntad humana. Con el primero se obtiene la virtud, con el segundo el

vicio. A la virtud sigue el bien y todas sus consecuencias. El vicio es el origen del mal y de todos sus frutos. Luego la ley moral de la expiación viene á premiar la virtud y á castigar el vicio. Luego el rigor de esta ley puede eludirse por el hombre honrado. Luego el móvil de nuestras acciones no es una fuerza ciega ó irresistible que nos impela á obrar fatalmente. Luego son dos los móviles de nuestra conducta, el uno la materia ó la pasión, el otro el espíritu ó la razón.

La materia animada ó inanimada obedece á principios fatales. Los cuerpos celestes siguen un rumbo fijo. Los animales están sometidos á una ley poderosa, al impulso de sus pasiones, al móvil de su instinto. Pero el hombre necesita de otra guía, de otro resorte, de otra fuerza superior que contenga y neutralice y refrene la violencia de sus pasiones. Los irracionales se abandonan á sus tendencias materiales y realizan la armonía. El hombre abandonado á sus pasiones produciría el caos. Luego para que la armonía humana se establezca es indispensable esa fuerza sublime de la razón que nivele todas las demás, que las reduzca á sus límites, que obtenga su perfecto equilibrio.

¿Habran sido necesarias las precedentes consideraciones? Preguntábamos por el móvil de nuestras acciones, y preciso nos ha sido fijar la atención en las dos causas ó principios que guían ó impulsan nuestra conducta, pues solo así podremos saber dónde concluye el egoísmo, dónde empieza la filantropía.

Pero ¿qué es el egoísmo? ¿Qué es la filantropía? Se me dirá que el egoísmo es un inmoderado amor al bien propio, y que la filantropía es un exagerado amor al bien ajeno, á nuestros hermanos, á la humanidad entera.

Distinguiremos. Es una ley general, universal y constante sin excepción la más mínima, que todos amamos el placer, que todos odiamos el dolor. Habrá gustos diferentes, existirán diversas simpatías, variarán los caprichos de todos, pero uno será el blanco á donde se dirijan nuestras miradas, nuestros trabajos, nuestros esfuerzos; al placer, al placer y siempre al placer. Es bien claro que una misma causa produce efectos distintos en cada uno de los hombres, según sean sus gustos, según sean sus simpatías, según sean sus caprichos. Pero todos tienen la misma aspiración, todos pretenden gozar, todos huyen del sufrir. Y cuanto más vehementemente sea nuestro corazón, más enérgico será nuestro deseo, más inmoderado nuestro amor al bien propio. Pero ¿seremos más egoístas cuanto más apasionados, ó cuanto más anhelemos el goce, ó cuanto más procuremos el placer?

Distinguiremos nuevamente. Si el egoísmo consistiera en el inmoderado amor al bien propio, todos seríamos egoístas, y lo seríamos tanto más, cuanto mayor fuera nuestra sensibilidad, más sublime nuestra alma, más pura nuestra conciencia. Y es que las conciencias más puras adoran más el bien, y que las almas sublimes rinden culto al bien, y que los corazones apasionados sienten un amor divino a todo lo que sea un bien. Y el egoísmo se reputa justamente como un vicio detestable, como la fuente de todos los males, como el árbol de las pasiones bastardas.

Amar el bien es amar la virtud, es quererla con eficacia, es practicarla, porque no se puede amar la virtud viviendo en el vicio. Y el que busca el bien no lo rehuye, no lo esquiva, no lo rechaza. El que ama el bien, lo pretende, lo solicita, lo reclama, quiere obtenerlo, quiere poseerlo, quiere disfrutarlo. Y ¿será egoísta el amante del bien? Quien así lo creyera, proclamaría un absurdo. Para definir las palabras egoísta y filántropo, nos serán precisas algunas consideraciones.

La moral nos prescribe sus máximas severas, y determina la esfera de nuestra conducta, y clasifica todas nuestras acciones, y nos guía por la senda del bien, y nos separa de todos los escollos que se encuentran en el camino de la vida. La moral no transige con nuestros caprichos, y se opone al triunfo de nuestras pasiones, y solo acepta lo justo, lo razonable, lo equitativo. Ni hemos de abandonarnos á la corriente de las pasiones, ni hemos de reprimirlas por sistema. Los resultados que se producirían en ambos casos son fáciles de conocer. La satisfacción de nuestros brutales apetitos concluiría con nuestra especie. El deseo inmoderado de goces y su satisfacción cumplida, debilitaría nuestra naturaleza, esterilizaría nuestra raza, y detendría el curso de las generaciones. La continencia absoluta, la represión constante, la pureza exagerada y exclusiva, vendrían á producir idénticos resultados. Luego hay un prudente medio difícil de descubrir, y que ha de conciliar tan opuestos extremos, y que ha de entonar la más perfecta armonía. Y este medio es la moral, la ciencia sublime que se ocupa de la bondad y malicia de las acciones humanas.

El bien y el placer se encuentran muchas veces, pero frecuentemente se hostilizan. Los placeres constantes pueden conciliarse con la virtud. Los placeres efímeros ó de impresiones son tan fugaces como ellas, y según su calidad pueden convertirse en vicios.

Y es que los placeres del vicio estragan la sensibilidad y nos llevan al cansancio, al hastío. Por eso afirmamos que los placeres constantes pueden conciliarse con la virtud, porque solo puede existir placer constante cuando no hay infracción, y cuando no hay infracción no aparece el vicio. El abuso de dos grandes pasiones se contrasta con otras dos heroicas virtudes: la castidad y la sobriedad. La satisfacción de las necesidades proporciona un placer constante. Si estas necesidades se convierten en vicios, el placer nos embriaga; pero ese mismo placer adormece nuestra alma, embota nues-

tros sentidos, y destruye nuestra existencia. Luego conciliaremos el bien con el placer observando esta regla: *todos nuestros goces materiales deben limitarse á la satisfacción de nuestras necesidades*. Pero debemos advertir que nuestras verdaderas necesidades no están determinadas solamente por nuestra naturaleza física; pues si acudiéramos á todas sus exigencias como acuden los brutos, bien pronto desaparecería nuestra especie de la faz del mundo. Por eso viene en nuestro auxilio la moral, que nos dirige por la única senda que ha de llevarnos al bien. Y en cuanto á los placeres de otro orden más superior debemos atenernos a este precepto: *Todos los placeres inmateriales han de conciliarse con el bien ajeno, y nunca hemos de consentir en el mal de nuestros hermanos para proporcionarnos goces*.

La regla que acabamos de establecer y la que más arriba dejamos consignada, pueden considerarse como dos principios de estricta moral. Y esto no es bastante para explicar la filantropía y definir el egoísmo.

La filantropía es el amor que sentimos hacia nuestros semejantes. El egoísmo es el amor inmoderado á todos nuestros placeres. El que desea la dicha de los demás, goza en el bien. El que ama directamente su persona quiere el placer. Y clara es la diferencia que separa el placer del bien. No puede amar el bien el que consagra su amor á su persona, porque el bien no se ha hecho para un individuo aislado, y nadie puede vincularlo, pertenece á la humanidad. El que desea el bien para disfrutarlo, no ama el bien, quiere su bien, ó en otros términos, es un avaro de placeres. El que ama el bien no lo concreta á su dicha, desea la felicidad de todos, quiere el bien general. Hé aquí delineados al egoísta y al filántropo; pero aun hay más que decir.

La naturaleza ha arrojado en algunos corazones el fuego del entusiasmo. Y este fuego calienta todo cuanto se le aproxima. Y este fuego es la savia de la justicia, de la virtud, de la honradez. Hay hombres que han nacido para amar; que es su pasión el cariño; que es su goce el bien ajeno, que es su delirio conquistar las más fervientes simpatías. Y estos hombres anhelan los momentos de acreditar su abnegación, de arrostrar contrariedades, de prodigar sacrificios, de consagrarse al bien de la humanidad. Y ¿les llamaremos egoístas? ¿calificaremos de egoísmo ese su santo amor? ¡oh! ¡No profanaremos tan puros sentimientos! El que empieza por amar á sus hermanos empieza por amar el bien, y los placeres que se proporciona los encuentra á través del bien, y todas sus aspiraciones se dirigen á la felicidad humana. El corazón del egoísta no tiene más fuego que el que ha de calentarle, y teme consumirlo, y trata de amontonar combustibles, y procura atraer materiales, y se esfuerza por rodearse de extraños elementos que alimenten su vida, que le acaricien, que le halagen, que le satisfagan todos sus caprichos, todas sus exigencias, todas sus necesidades. Las necesidades del filántropo están reasumidas en una, en el sentimiento. Y ¿para qué quiere más goces?

También el egoísta siente, pero siente padecer, y procura economizar el sufrimiento. Muchos repiten esta frase: *no tengo corazón para presenciar la desgracia*; no quiero ser su testigo. Esto es lo frecuente, porque frecuente es el egoísmo, que es por regla general el móvil de nuestras acciones. El placer se busca con afán, no es el bien el que se pretende. El corazón del filántropo sufrirá horriblemente á la vista de la desgracia, pero su ánimo esforzado le dará valor para socorrerla.

Y ¿quién armoniza el bien con el placer? Y ¿quién destierra el egoísmo? Y ¿quién purifica los corazones, y sublima los sentimientos, y difunde la filantropía? Solo hay un poder maravilloso que alcance tan inmarcesibles triunfos, y este poder es el de la moral, el sacrosanto poder de la divina religión, de la religión que anatematiza al egoísta, y que glorifica al filántropo.

JUAN CANCIO MENA.

Acuérdate de mí.

I.

La noche está sombría;
La calle está desierta;
Al estrechar la mía
Tu mano siento yerta
Llamándome hácia tí.
¡Adios! — En tu ventana
Su luz el alba vierte:
Cuando al nacer mañana,
Su rayo te despierte,
¡Acuérdate de mí!

II.

No más con alegría
Te oí decir, ¡te amo!
No más á la voz mía,
Cual pájaro al reclamo,
Vendrás... ¡ya te perdí!
Si al descender la sombra
Tu pecho da latidos,
Y piensas que te nombra
La brisa en sus gemidos,
¡Acuérdate de mí!

III.

¡Por siempre adios! Me aleja
Mi despiadada suerte;
No exhalo ni una queja...
¡Y no volveré á verte!...
¡Mi alma queda aquí!
Si acaso en tu aislamiento
Tu seno se estremece,
Y amargo sentimiento
Tus ojos humedece,
¡Acuérdate de mí!

A. M. DACARRETE.

Las lavanderas del día del Corpus.

(LEYENDA.)

La festividad del Corpus se celebra con extraordinaria pompa en las mas reducidas poblaciones de la Francia central: pero para la de Souterraine es un día en que se despliega mucho fausto y que atrae gran número de forasteros. Al amanecer empiezan á llegar los párrocos de los pueblos comarcanos con las banderas desplegadas y al son del tamboril ó de la gaita, llevando en pos de sí á todos sus feligreses en masa.

En el centro de las principales calles y plazas se disponen, con muchos días de anticipación, lujosos altares y capillas, para la solemne procesión que suele celebrarse, y todos los vecinos contribuyen al ornato y á la profusión de galas que se ven en ellos.

Las jóvenes de la ciudad se reúnen en sus respectivos barrios muchos días antes para dedicarse á las labores que destinan á aquel objeto: por todas partes se buscan operarios para colocar los pilares en que se sustentan las aras, allanar el piso de la calle, y construir las mesas de los altares.

Los jóvenes se dirigen con carritos al antiguo solar de la ciudad de Breda, para cortar las hojas que crecen entre las ruinas de aquella población oscura, pero cuyo origen remonta á los tiempos fabulosos, y que segun se cree, fué destruida en tiempo de la conquista de las Galias por César.

Estos bojes, llamados vulgarmente *hosanneros*, porque tambien el domingo de Ramos sirven para la bendición del *Hosanna*, están destinados el día del Corpus á cubrir las columnas de madera que forman los ángulos de los altares, haciéndose tambien con ellos mil guirnalda y ramitos que se cruzan encima de los mismos altares y sostienen coronas de flores. No falta en cada barrio un artista que traza la planta de los altares, y el buen gusto que se revela en algunos, llama notablemente la atención de todos los que asisten á la fiesta. Sucede con las flores lo mismo que con todo lo demás; mucho tiempo antes se reservan para la solemne festividad todas las que hay en los jardines, con ellas se tejen mil caprichosos ramilletes, guirnalda y coronas. Los muchachos salen á recorrer las colinas de las inmediaciones en que abunda la retama, cuyas doradas flores buscan con afán, y formando con ellas enormes gavillas, las llevan á la ciudad para embellecer los frontispicios de los altares, y para llenar, juntamente con hojas de rosa, los lindos canastillos de los *floristas*. Estos, que generalmente son jóvenes de diez á quince años, vestidos con un ropaje faltar y una muceta encarnada y engalanados con cintas, preceden á los sacerdotes, y á cada toque de campanilla, cuando se detiene el Santísimo Sacramento y se dan las bendiciones, se vuelven todos á la vez para arrojar á manos llenas á la deslumbrante imágen del Sol, las flores que llevan en sus canastillos. Junto á ellos suelen ir los acólitos, que con sus incensarios de plata esparcen á lo lejos el aromático perfume del incienso.

Las principales señoras de la ciudad tienen á mucha honra aquel día el hacer brillar en los altares improvisados sus mas ricas joyas, sus diamantes, sus brazaletes, sus collares de perlas, sus encajes, sus ceñidores de seda, sus chales, sus candelabros de plata y los cuadros religiosos con marcos dorados que figuran en sus salones. En algunos de dichos altares esta representada alguna escena de la Sagrada Escritura ó de la pasión de Jesucristo: aquí se ve el sacrificio de Abraham, allá Ruth y Booz, mas lejos los doce apóstoles, san Juan con su cordero ó la Magdalena penitente arrodillada delante de una calavera y cubierta con su larga cabellera negra. Al salir la procesion se echan á vuelo todas las campanas de la ciudad que no cesan de repiquetear en las cuatro ó cinco horas que suele durar la procesion.

La festividad del Corpus es en fin una festividad muy solemne en la Souterraine. Todos los balcones de las calles por donde pasa la procesion están colgados de blanco; los ricos sacan á plaza sus damascos, y las familias que están de luto guarnecen los frentes de sus casas con ramas de encina ó de ciprés.

Trasladémonos ahora á una casita de pobre apariencia del barrio de San Miguel, situada cerca de la antigua capilla de este nombre, cuyos escombros existian aun hace cuarenta años. En ella habita un tejedor algo entrado en años con sus dos hijas, jóvenes ambas, como que apenas cuentan diez y siete años. Albina y Blondina son gemelas, y como su madre murió al darlas á luz, deben su educación á la caridad é indigencia, porque su padre Cristóbal, á pesar de su honradez, no habia podido nunca ahorrar el menor peculio para educar dignamente á sus lindas hijas. Trabajador poco asiduo, apenas concluía una pieza y cobraba su salario, iba in-

mediatamente á gastarlo para retirarse sin blanca al hogar doméstico.

Crecian entre tanto las dos jóvenes, y desde su mas tierna juventud iban á lavar al poco caudaloso rio del Sedelle la ropa blanca de las familias del barrio de San Miguel. Cada día, cualquiera que fuese el estado de la atmósfera, las dos hermanas trabajaban en el lavadero; así es que se las conocia generalmente con el nombre de *las lavanderas*. A pesar de sus andrajos, eran dos encantadoras jovencitas, de blanca tez y rubia cabellera, como si se les hubiesen impuesto adrede los nombres *Albina* y *Blondina*. Habiales enseñado un poco de leer el maestro de escuela de San Miguel; el cura de la parroquia les enseñó el catecismo á fin de prepararlas para la primera comunión, y cuando debieron recibir la sagrada hostia, hizose en el barrio una colecta para comprarles vestidos de indiana, porque las pobres niñas jamás habian llevado un vestido nuevo: las personas para quienes lavaban la colada tenian la costumbre de darles los vestidos viejos de sus hijas.

Aquel día era la víspera del Corpus, y las dos jóvenes lavanderas estaban solas en el umbral de la puerta. Su padre habia ido á llevar una pieza de tela que habia concluido aquel mismo día, y las pobres niñas miraban tristemente los preparativos de los vecinos, que ataban cuerdas en los frentes de sus casas para poner las blancas coladuras en obsequio de la procesion del siguiente día. Las pobres jovencitas estaban muy tristes; por sus frescas y rosadas mejillas se deslizaban algunas lágrimas que lo declaraban bien manifestamente.

Sin embargo, Blondina, menos afligida que su hermana, le dijo:

— ¿A qué viene pues, Albina, atormentarte de ese modo? Escucha: he concebido un proyecto...

— ¿Tienes un proyecto? Veamos, repuso Albina.

— Bien conozco, hermana mia, que sufres tanto como yo al pensar que no tendremos coladuras blancas que poner en el frente de nuestra pobre casa cuando pasará por la calle el Santísimo Sacramento.

— Verdad es, Blondina, en esto pienso, y me da vergüenza.

— Pues bien, hé aquí mi proyecto: nos levantamos á las dos de la madrugada, corremos al Sedelle á lavar las dos malas sábanas de nuestra cama, y hétenos ahí con coladuras.

— ¡Oh! ¡y yo que no habia pensado en semejante cosa! ¡Ven, Blondina, déjame que te abrace!

Y las dos hermanas se abrazaron con efusion, besándose en sus rosados labios.

— Pero si alguien viene, Blondina, nadie nos perdonará por haber ido al lavadero en un día de tan solemne festividad como el de mañana; el cura nos maldecirá al hacer la plática, y seremos condenadas.

— Es que no nos verán, hermana mia, haremos un rodeo, pasaremos por medio de los dos cementerios, enfrente de Mousse-Cagnet, y tú conoces que el bueno del hombre que guarda la puerta no irá á decirlo, puesto que es de piedra.

En consecuencia, las dos hermanas acordaron levantarse antes de amanecer para ir á lavar sus sábanas. La dificultad estaba tan solo en despertarse bastante temprano, pues las jóvenes tenian que aguardar á su padre, el cual no acostumbraba á recogerse antes de las doce de la noche los días que concluía su pieza de tela y que cobraba el importe de su trabajo.

A pesar de su costumbre, Cristóbal volvió á su casa cerca de las nueve; habiase abstenido de gastar su salario y lo conservaba aun integro. Mostróse sumamente cariñoso con sus hijas, lo que rara vez habia hecho, las abrazó á las dos y las entregó todo el dinero que acababa de recibir, diciéndoles:

— He jurado no volver á la taberna á beber; desde ahora, todo el dinero que gane será para vosotras, y dispondreis de él para los gastos de la casa... Ya sois grandes y algo razonables... Hasta aquí he vivido en la disipación que engendra la desgracia... ¡pero no me sucederá mas!

— Gracias, buen padre, contestaron las niñas; esta noche estás muy complaciente, y aun te quedaremos mas agradecidas si nos prometes despertarnos á la una de la madrugada...

— ¡Cáspita!... ¿Hay aquí algun misterio?...

— Mañana lo sabrás, repuso Blondina; ¿pero nos lo prometes?

— Mucho que sí, hijas mías.

Las jóvenes, contentas con la promesa de su padre, subieron á acostarse á su pobre guardilla.

Blondina durmió con el sueño de los ángeles; Albina, por lo contrario, tuvo un sueño muy agitado y estuvo atormentada por una espantosa pesadilla... figurábase que abandonaba la tierra, que el sepulturero habia llevado una caja mortuoria junto á su cama; que la sepultaban con las mismas sábanas en que estaba durmiendo y con que se habia propuesto obsequiar al Santísimo Sacramento á su paso por el barrio de San Miguel... oía al sepulturero que cerraba el ataúd y á su padre arrodillado golpeándolo con su frente... La infeliz muchacha tenia ya el presentimiento de su último fin.

Para las almas vulgares los ensueños se reducen á meras ilusiones y aberraciones del pensamiento, mas para ciertas naturalezas privilegiadas hay una correspondencia directa entre los ensueños y las acciones de la vida. La pesadilla de Albina la atormentaba de tal modo, que arrojó un grito estridente que despertó á la hermana. Sabido es que en esta época del año, es decir, hacía el solsticio de verano, las noches son cortas; cuando el tiempo está sereno, cuando brillan los astros

del firmamento y la luna esparce sobre la tierra sus plateados rayos, parece que está cerca á rayar el alba. Aun no era la una de la madrugada, cuando Blondina despertó sobresaltada al grito de su hermana, y la llamó á su vez diciéndole:

— ¿No has oído?... Nuestro padre acaba de llamarnos; ¡ya amanece! ¡vistámonos aprisa y marchemos!

Y las dos jóvenes se vistieron á toda prisa, tomaron una sábana cada una debajo del brazo, y bajaron sin ruido la escalera de su guardilla, sin interrumpir el sueño de su padre. Cuando estuvieron en la calle, Albina dijo á su hermana:

— ¿Y estás segura de no haberte equivocado? ¡Aun falta mucho para que amanezca!...

— Tanto mejor, Albina; así habremos lavado nuestras sábanas, y estaremos de vuelta en casa sin que nadie lo oche de ver...

En vez de atravesar la ciudad, como habian acordado el día anterior, pasaron por medio de los dos cementerios y se arrodillaron un instante para rezar la oracion matutina, en frente de la piedra de Mousse-Gagnet.

La ciudad entera continuaba sumida en un profundo sueño. Los ruiseñores no hacian oír ya las suaves melodias de la primavera. El día anterior habia sido borrascoso; pero despues de un chubasco bastante fuerte y una estrepitosa tronada, la atmósfera se habia despejado por la tarde, para anunciar un magnífico día de Corpus.

Las dos hermanas siguieron á la izquierda por el antiguo cementerio, y fueron á bajar á las rocas del Sedelle por un ribazo llamado *Pozo de Sedelle*. Al observar las oscilaciones de una llama blanca y azulada que les pareció ver en el prado de Gachet, pensaron en los fuegos fatuos que se exhalan de los pantanos en las noches de borrasca, y sobrecogidas de miedo se acercaron mas la una á la otra é hicieron la señal de la cruz. Sin embargo, lejos de arredrarse salvaron las primeras rocas y subieron hasta los grandes peñascos que dividen el rio en dos brazos, de los cuales el uno va á regar la verde pradera y el otro sigue su curso ordinario. Creyeron que nadie podría verlas detrás de aquellos peñascos, y pusieron manos á la obra. No se habian olvidado de tomar sus palas y un pedazo de jabón para enjabonar sus sábanas, mas apenas se hubieron arrodillado en las piedras del lavadero y dado algunos golpes de pala, el agua del rio comunmente tan clara, se enturbió y fué creciendo súbitamente hasta las piedras en que las infelices estaban arrodilladas. Levantáronse inmediatamente, quedando muy sorprendidas de una crecida tan súbita del rio; oíase á lo lejos el ruido de un torrente desbordado, y las jóvenes subieron á uno de los mas altos peñascos para ver de dónde procedia aquel ruido.

— ¡Dios mio! dijo Albina, vamos á ahogarnos; Dios nos castiga sin duda por haber venido á lavar en un día como el de hoy.... ¡Hermana mia! ¡Hermana mia! ¡Cuán culpables somos!

— ¡Qué asustadiza eres, Albina! ¿Porqué habia de castigarnos el Señor habiendo venido nosotras cabalmente con la intencion de honrar su fiesta? Sin duda habra llovido mucho por la parte de Saint-Priest, en las fuentes del Sedelle, y todo lo que tenemos que temer se reduce á mojar nos los piés, como ya empezamos á hacerlo.

— Arrodillémonos en la roca y oremos, Blondina; ¡oigo un horrible estrépito que se va acercando! Las dos pobres niñas se postraron de rodillas sobre la dura roca; el torrente se desprendia mas embravecido aun; en menos de un minuto vieron el prado de Gachet inundado por el rio que continuaba subiendo sin detenerse... Despues arrojaron algunos gritos desesperados, y sus cuerpos fueron arrastrados por el turbion, cuyas irresistibles oleadas habian ya llegado adonde estaban las lavanderas...

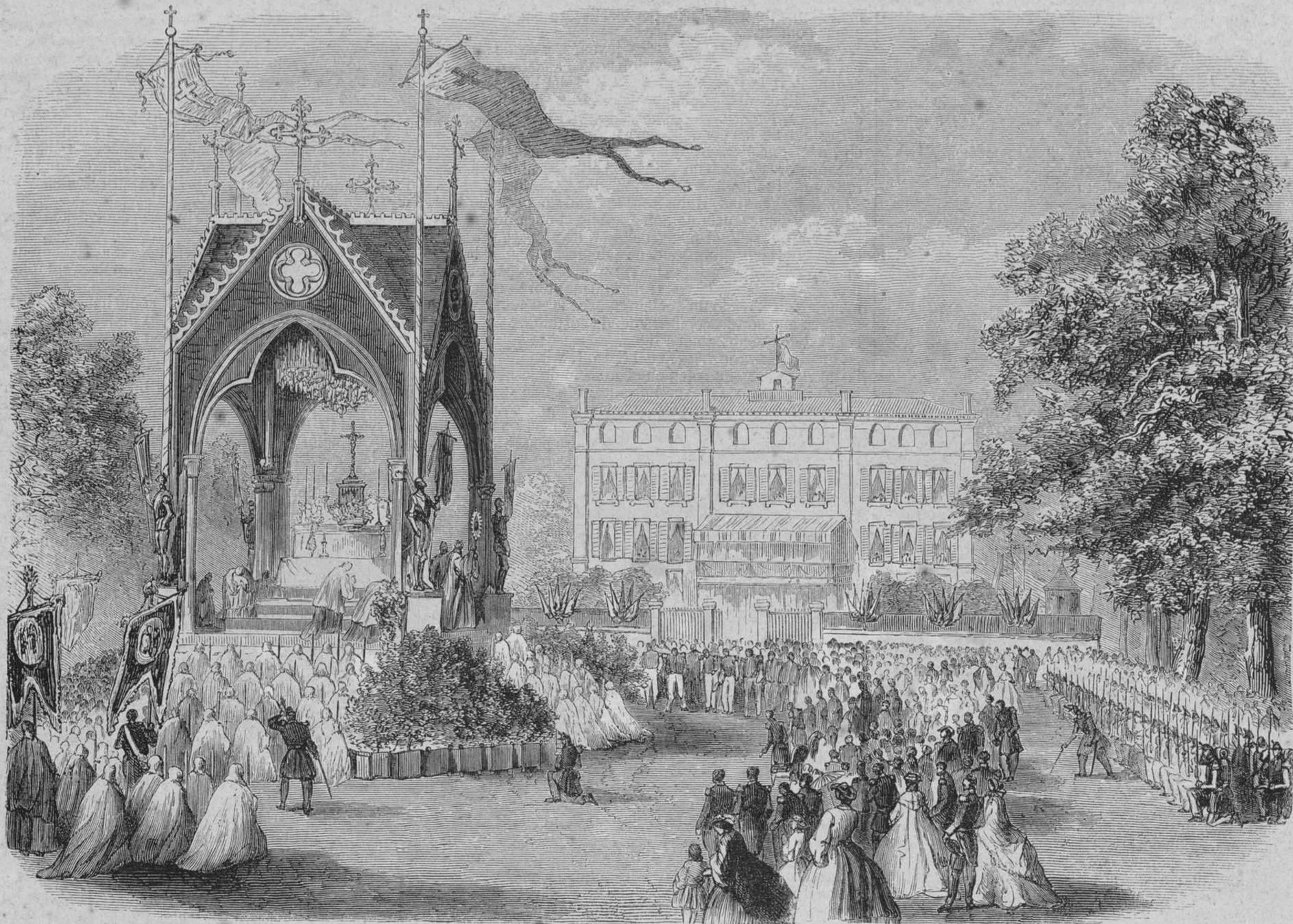
En medio del silencio de la noche, el ruido de las palas, el desborde del torrente y las supuestas exclamaciones de las dos jóvenes solo habian sido oídas por una hermana de la caridad que velaba junto á una moribunda. Al oír aquel inusitado ruido habia abierto la ventana, y abarcando de una ojeada el lamentable espectáculo que ofrecian el prado y los jardines del hospital completamente inundados, despertó sin tardanza á las demás hermanas de caridad y á los dependientes del hospital, los cuales subieron al pequeño campanario del hospicio y tocaron á rebato para poner en alarma á los vecinos.

Al cabo de poco rato habianse levantado azorados todos los habitantes del barrio de Lavaud, que á la voz de inundación corrieron al camino de Gueret. El puente del Sedelle ya no existia; habia sido arrastrado por el rio, y en su lugar se veian enormes montones de heno mojado que obstruian el paso á las aguas. Varias personas habian llegado hasta las piedras del Sedelle, en donde se habian oído algunos gritos.... mas nada hallaron al llegar allí, si se exceptúan dos palas de lavar cubiertas de lodo, que habian quedado entre las piedras del lavadero.

No tardó en aparecer un sol radiante que hizo patentes los estragos de la inundación; sin embargo, las aguas ya se habian retirado. Súpose por la mañana que se habia roto el dique del torrente de Malouze durante la noche, y que sus aguas arrastraron consigo enormes gavillas de heno, que habian causado sin duda el hundimiento del puente de Lavaud.

La festividad del Corpus se presentaba pues muy triste ya desde la mañana para los moradores de la ciudad de Souterraine, que no sin razon temian que hubiese acontecido alguna grave desgracia.

Cristóbal habia dormido hasta el amanecer, y como sus hijas no respondiesen á las voces que dió llamándolas subió á su reducido cuarto. Sobresaltóse al hallarle



Altar levantado por los marinos en la plaza de Armas de Tolon el dia de la fiesta del Corpus.

desierto. Pero luego echó de ver que las sábanas no estaban en la cama, y al momento le ocurrió la idea de que sus hijas habrían ido a lavarlas al Sedelle, con lo cual se tranquilizó. Esta tranquilidad fué de corta duración: cuando al salir de su casa para contribuir á la confeccion de su altar respectivo, supo la inundacion del río y los desastres que la habian acompañado, pareció volverse loco... rechinábane los dientes; erizábansele los cabellos... habian dado ya las seis y sus hijas no parecian. ¡Desgraciado padre! acudió apresuradamente

á las piedras del Sedelle, pero allí le mostraron las dos palas que reconoció en el acto...

— ¡Hijas mias! ¡Hijas mias! exclamó; ¿en dónde están? ¡quiero mis hijas!

Y dominado por esta idea, el pobre anciano echó á correr, siguiendo las orillas del río hasta el molino de Gaulier. Viósele allí á las doce con la cabeza apoyada entre sus dos manos, en ademan meditabundo é insensible como una estatua... por la tarde tambien le halló un campesino, á dos leguas de la Southeraine, siguiendo

siempre el curso del Sedelle. Mas ¿cuál fué su destino? nadie lo sabe, porque desde entonces jamás se volvió a oír hablar de él.

La procesion tuvo lugar, como de costumbre, con una inmensa afluencia de fieles; pero en todos los semblantes se veia pintada la mayor consternacion. Los vecinos de Cristóbal habian guarnecido con ramas de ciprés el frente de su casa; todos querian á las pobres lavanderas, y todos sintieron por consiguiente su muerte desgraciada.



Regatas de Cannes (Francia). — Carreras del 5 de mayo.

Sus cadáveres fueron hallados ocho días después en el estanque del molino de Gaulier, envueltos en las sabanas como en dos paños mortuorios. No pocas personas lo juzgaron como un doble suicidio, y hasta el cura de la parroquia se negó a rezar por ellas las preces de los difuntos; mas los habitantes del barrio de San Miguel cavaron una sepultura al pie de un corpulento álamo del cementerio de Mousse-Gagnet, e hicieron celebrar un oficio fúnebre en memoria suya algunos días después en la iglesia de San Miguel.

Posteriormente cada año el día del Corpus á la una de la madrugada se oía desde el *Pozo de Sedelle*, ó desde el puente Lavaud, el ruido de las palas de las dos lavanderas en las piedras del lavadero. Este ruido parecía procedente del puente de Hosannet para el que se acercaba á las piedras, mas al llegar al puente de Hosannet, parecía procedente del estanque de Gaulier.

La tradición pues ha perpetuado hasta nuestros días esta leyenda, y yo he visto no pocas jóvenes levantarse antes de amanecer el día del Corpus, para ir á escuchar el ruido de las palas de Blondina y Albina. El pueblo, en su antiguo lenguaje de la Marca, las llamaba las jóvenes ahogadas. También yo he ido algunas veces á me-

ditar bajo el grande álamo del cementerio: al ponerse el sol veía dos blancas palomas que iban á posarse sobre el álamo.
Todo ha cambiado en la actualidad: el antiguo cementerio ya no existe, y el solar que ocupaba ha que-

do convertido en un campo de feria: el arado y la azada al remover los huesos de nuestros padres, los han confundido sin respeto en una zanja.

G. DE P.

Valle

Y REPUBLICA DE ANDORRA.

I.

NOTICIA HISTORICA.

No todo el mundo sabe que en el vertiente meridional de los Pirineos existe una pequeña república de seis mil almas independiente de la Francia y de la España, y cuyas leyes particulares se conservan puras desde Carlomagno hasta nuestros días; una república con sus vegueres, sus cónsules, su representación nacional, su fuerza armada, sus costumbres primitivas y sus usos tradicionales.

Ahora bien, entre los valles principales de los países fronterizos de Foix, se distingue, por el lado del vertiente al Norte el hermoso valle del

Ariege y el de Vicdessos, y por el otro lado al Sur, los de Embalira y Ordino; estos últimos constituyen el país neutro ó la república que lleva el nombre de Andorra. Eneajonado entre dos líneas de montes, limitado al Norte por la arista central y al Mediodía por el torrente Runer



Aldea de San Julian de Loria en el valle de Andorra.



Vista del valle de Andorra por el lado de Francia.

que baja de las cumbres del Pegura para unirse al Embalira, un poco mas arriba de la fragua de Arcabell, este valle afecta la forma de una Y, cuyo rasgo mas grande es Embalira. La parte inferior del valle pertenece a Cataluña.

Esta comarca compone una cuenca cuyos limites no siguen mas que picos elevados ó crestas de montañas, excepto en dos puntos, el uno al Mediodía hacia España, que es su única puerta, y el otro al Este hacia el Hospitalet, donde costean la orilla izquierda del Ariege desde sus fuentes y el estanque llamado el *Estagnol de l'Auriger* al pié del puerto Fray Miguel, sobre una longitud de 6,000 metros, para volver despues bruscamente hasta el pico de Porteil, sin dejar ya las altas cumbres de la cordillera. El territorio andorrano, de corta extension y erizado de rocas, es por lo general poco fértil. Vastos pinares cubren la mayor parte de sus abruptas montañas; sus valles están regados por diversos rios que tienen su nacimiento en el valle; pero uno solo, el Embalira, considerando el Ordino como su rama occidental, recibe á todos los demas, y mas arriba de la Seo de Urgel mezcla sus rápidas aguas con las del Segre.

En el valle de Andorra hay muchos manantiales. La *Fon roja del Puy*, á media hora del Massana, pasa por muy ferruginosa y abundante, y otra igual existe en Elorti, aunque mas oxidada todavia. Cerca de la aldea las Escaldas brotan por do quiera aguas sulfurosas á un alto grado de temperatura. Son buenas para beber y de un calor variable; pero la que se encuentra en las orillas del torrente de Madriu es tan caliente y azufrada como la de los Canons en Ax.

La poblacion de Andorra se halla contenida hoy en seis parroquias, siete pueblos y treinta y cuatro aldeas, que componen todo el cuerpo de la república. Las seis parroquias son: Andorra la Vieja, pueblecillo situado á la falda del monte Anclar, y capital del valle; Canillo, cabeza de partido á cuatro leguas de Andorra, célebre por su mineral de Ransal y por sus fraguas; Encamp, á dos leguas de Andorra, que en cuanto á fraguas rivaliza con Canillo; San Julian de Loria, en la orilla izquierda del Embalira, notable por su comercio y su espartería; no lejos de este lugar están las ruinas de un castillo llamado *Monte Oliveja*, que segun la tradicion fué habitado por Carlomagno durante algunos dias; Massana, á media legua de Andorra, y á corta distancia de la confluencia del Arinsal y del Ordino; y en fin Ordino, cabeza de partido, sobre una colina á la izquierda y á poca distancia del rio. No lejos de aqui se eleva sobre un peñon la torre morisca llamada la *Meca*.

«Durante las primeras guerras de los moros, cuentan los cronistas de Andorra, un cuerpo de catalanes, de francos y de germanos persiguió á los infieles hasta un valle paralelo al del Embalira (Balira), y los destruyó completamente. Estos guerreros, en memoria de su triunfo y para su seguridad personal, construyeron un fuerte que por gratitud fué llamado la torre de Carol, del nombre de su valeroso jefe, Carlos Martel. El valle adoptó tambien este nombre y le ha conservado siempre desde aquella época.»

Carlomagno arrojó despues á los moros de Cataluña y Aragon, y nombró á su vez á su hijo Luis el Debonario rey de Aquitania, á fin de conservar sus nuevas conquistas.

En 785 marchó contra la Cataluña por Castel Rosello, y tomó á los árabes la ciudad de Gerona, ayudado por los cristianos que habia dentro. Despues se apoderó de Ancona y quiso tomar Urgel; pero á fin de asegurar mejor el triunfo de su empresa, penetró primeramente en el valle de Carol, cuyos habitantes le eran adictos en recuerdo de Carlos Martel, y guiado por los valientes montañeses, llegó por el puerto de Puymorent hasta las fuentes del Embalira.

A su aproximacion los andorranos, que gemian entonces bajo el yugo comun, tomaron á su vez las armas bajo la direccion de un aventurero llamado Almugaver, y libertaron á su pais de la dominacion de los moros. Entonces fué cuando cayeron para no levantarse mas las fortalezas de *Bone*, la *Meca*, la *Sera*, y quizá tambien el antiguo castillo de San Vicens.

Las aldeas del valle sufrieron mucho con la estancia de los moros, que duró doce años, y con sus sangrientas luchas. Segun la mencionada crónica, la capital, Andorra la Vieja, fué destruida y despoblada por los sarracenos; pero el rey Luis, acampado en las alturas de Engordany, trató de remediar los males de la guerra antes de ir á tomar Urgel, que estaba ocupada por los moros. Despues marchó á Barcelona y obligó á Naad ó Zata, gobernador de la ciudad, á hacerse tributario del emperador Carlomagno. En esa misma época se puede fijar la creacion de los condados en esa parte de la península.

Despues de esta primera expedicion, Luis el Debonario apareció repetidas veces en Cataluña para combatir allí á los infieles.

En cuanto á los montañeses de Andorra, como se habian mostrado valerosos y adictos, y á fin de recompensarlos por las pérdidas que habian sufrido, el rey de Aquitania, en nombre de Carlomagno, los hizo independientes de los principes vecinos, y libres de gobernarse por sus propias leyes, con reserva de sus derechos de suzerania sobre su pais. Despues de la muerte de su padre ocurrida en 814, este principe arregló el modo de gobierno de Andorra, y fijó los derechos reservados tanto para él como para sus sucesores.

Entonces se otorgaron los privilegios del obispo de Urgel, bajo la condicion de que la mitad de los diezmos de las seis parroquias le perteneciera, y la otra

mitad al cabildo de la iglesia catedral de la Seo, destruida por los moros y reconstruida por orden del rey en 819. Este edificio, cuyo estilo acusa todos los vicios de una época barbara, no deja de ser imponente. El coro sobre todo es suntuoso, no solamente por la riqueza de sus esculturas, sino tambien por la de las pinturas, de las cuales algunas se deben al pincel de Murillo. Una puerta interior conduce al claustro, formado de vastas galerias, cuyas columnas coronadas con figuras singulares pegadas á sus capiteles, tienen todo el carácter de la arquitectura de la edad media. Desde esos largos corredores guarnecidos de epitafios que revelan tumbas privilegiadas, se distinguen, al través de las rejillas, unos altares tenebrosos, que son como unas bóvedas escalonadas lateralmente.

La reconstruccion de esta catedral por Luis el Debonario, en el lugar llamado Vicus, fué un suceso memorable para los habitantes de esas comarcas. El obispo Sisebuto la consagró el 1º de noviembre de 819, dia de Todos Santos, y los principes y los principales señores de las diócesis contiguas asistieron á la ceremonia.

Uno de los principales habitantes cuyos servicios fueron muy útiles al ejército de los francos, recibió en aquella ocasion, en donativo hereditario, la mitad de un impuesto que se perpetúa todavia en la noble familia de don Guillen Plandolit, bajo el nombre de derecho carlovingio.

Carlos el Calvo, al subir al trono, confirmó lo que su padre habia hecho por Andorra; pero queriendo recomendar los servicios que le habia hecho Sunifredo, conde de Urgel, en la guerra contra los normandos, le cedió en toda propiedad los derechos reservados por los reyes francos sobre los valles del Embalira, como resulta de un acta de donacion levantada en el monasterio de San Vedast el 23 de enero de 843. Desde esa época el conde de Urgel fué soberano de Andorra. Sin embargo, vemos que en el año 990, el tercero del reinado de Hugo Capeto, Borrel, conde de Barcelona, dió á un caballero llamado Guillermo y á Sancia, su esposa, varios alodios en el condado de Urgel y en el valle de Castelbon. Guillermo fué el jefe de la dinastia de los vizcondes de Castelbon, de los cuales descendia Esclarmonda, heredera de este vizcondado que comprendia una parte de la diócesis de Urgel, entre otras el valle de Andorra. En el siglo XIII le llevó en dote á la casa de Roger Bernardo, conde de Foix.

A pesar de estos diversos soberanos, el valle de Andorra no dejó de administrarse por la carta otorgada por Luis el Debonario en nombre de su padre Carlomagno. Vamos á dar á conocer las principales disposiciones de esta carta, que es una verdadera Constitucion política.

El gobierno de Andorra se compone de un consejo soberano formado de veinte y cuatro miembros nacidos todos en el pais ó hijos de andorranos. Doce de estos miembros tienen el título de cónsules y administran las seis parroquias de la república, y los otros doce se llaman consejeros y son los que estuvieron en funciones en el año anterior. Antes de concluir el año, las parroquias presentan candidatos, entre los cuales el gran consejo elige los nuevos cónsules. El 1º de enero, despues de una misa solemne, los proclaman por un año, y se sientan al lado de sus predecesores, que han venido á ser simples consejeros.

El consejo soberano elige además entre sus antiguos miembros un sindico procurador general de los valles de Andorra, cuyas funciones son vitalicias. En caso de muerte ó de enfermedad le suple un adjunto.

Las funciones de sindico consisten en presidir la asamblea, convocarla y someter á sus deliberaciones los proyectos de interés local. Además, este magistrado se ocupa de los asuntos interiores, corresponde con las autoridades de los países contiguos, expide los pasaportes y ejerce el poder ejecutivo, bajo la intervencion del consejo soberano. El consejo soberano forma tres salas, la primera se compone de seis miembros, la segunda de doce, tomados por igual número en cada parroquia, y la tercera los reúne á todos.

Las asambleas tienen lugar cinco veces al año, por Navidad, Pascuas, Pentecostés, Todos Santos y San Andrés. Los dias de sesion, y antes de ocuparse en los negocios, oyen una misa en la capilla del castillo, donde no se admite á nadie mas que á los miembros. Además hay sesiones extraordinarias que fija el sindico, segun los casos particulares y excepcionales.

En cuanto á las salas, se reúnen al llamamiento del sindico, segun la importancia de los asuntos que deben tratarse. Los doce cónsules residen en las parroquias, las administran y hacen ejecutar los fallos del consejo soberano, así como las órdenes de los sindicos.

Segun la Constitucion de la república, el valle de Andorra estaba colocado bajo la doble suzerania de los reyes francos en un principio, y luego de los condes de Foix y del obispo de Urgel, que en su calidad de consejeros nombraban dos sindicos, uno de ellos francés y otro andorrano.

Los reyes de Francia, como herederos de los antiguos condes de Foix, ejercian ese derecho de suzerania, que permaneció vigente.

Los sindicos son jefes de la fuerza armada y tienen en sus atribuciones la alta policia. Asisten al consejo general, pero no tienen voto en las cuestiones locales. Estas funciones, como todas las de la república, son gratuitas. Las formas de su justicia no han variado desde que fueron establecidas por Luis el Debonario.

El sindico francés es de nombramiento vitalicio y el del obispo por tres años. El primer acto de los sindicos, despues de su instalacion, es nombrar cada uno por

su parte un juez civil sobre una lista de seis candidatos que les presenta el consejo soberano. Este cargo se renueva cada tres años; es gratuito y forma una especie de tribunal de primera instancia.

Los jueces, uno ú otro, juzgan las causas civiles ó las contiendas que no incumben al consejo soberano; les asiste siempre el escribano encargado de redactar la sentencia, y tienen á sus órdenes un alguacil.

Se puede apelar de sus fallos ante el juez de apelacion. Este magistrado, único en toda la república, es de nombramiento vitalicio, que hacen alternativamente el obispo de Urgel y la Francia.

Puede ser español ó francés, pero siempre debe ser abogado.

El juez de apelacion carece de sueldo fijo, pero la costumbre le da un quince por ciento. Puede juzgar fuera de Andorra.

Los pleitos pueden elevarse por fin en última instancia ante el jefe del Estado en Francia ó ante el obispo de Urgel, segun la jurisdiccion á que pertenece el fallo de apelacion. En este caso, que es rarísimo, pasa el proceso al tribunal de apelacion de Toulouse ó al consejo eclesiástico del obispo.

Los asuntos criminales entran exclusivamente en las atribuciones de los sindicos.

Sin embargo, los fallos de la sala, dados segun los antiguos usos y costumbres, no tienen apelacion; la sentencia se ejecuta dentro del término de veinte y cuatro horas, y el consejo general, reunido de nuevo, proclama solemnemente el fin de la sesion.

Andorra no tiene ni podria tener un estado militar permanente; pero todo jefe de familia, sin excepcion, debe poseer al menos un fusil, pólvora y balas; cuando las circunstancias lo exigen, puede presentarse armado con sus hermanos y sus hijos.

Cada parroquia tiene un capitán y dos sargentos llamados *danés*, que nombra el consejo general y aceptan los sindicos, y que se renuevan de dos en dos años.

Los sindicos son jefes de la fuerza armada y pueden llamar á la milicia en los asuntos de su jurisdiccion. Los jueces civiles y los cónsules, en caso urgente, mandan tambien con reserva de la aprobacion superior.

La alta policia pertenece igualmente á los sindicos; los jueces civiles y los cónsules la ejercen bajo su vigilancia, y consiste principalmente en purgar el valle de los criminales y de los desertores. Unicamente los refugiados políticos encuentran asilo seguro en ese pais.

En Andorra se profesa exclusivamente el culto católico romano y se paga el diezmo, que sigue casi como lo estableció Luis el Debonario, en beneficio del obispo y del cabildo de Urgel. El clero inferior no tiene ninguna parte en este impuesto, pero el obispo señala á cada cura un sueldo fijo. Los vicarios y capellanes son pagados de los fondos particulares de los pueblos y del producto de fundaciones pias que poseen los curatos de las parroquias.

Las maderas y los pastos de las montañas constituyen la riqueza principal de la república: son ó comunales ó públicos, pues ningun ciudadano los posee en propiedad.

Los actos públicos se redactan por uno de los escribanos en papel blanco, y solo exigen la módica retribucion de costumbre. Allí no hay ni derechos de timbre ni otras tasas fiscales; las mutaciones, compras ó ventas se efectúan sin el menor obstáculo. Las sustituciones son muy ordinarias en ese pais, y muchos testamentos ó capitulos matrimoniales se redactan en virtud de ese principio, sin que sean denunciados jamás esa clase de actos; basta la presencia de un escribano y dos testigos para establecer su autenticidad.

El cura de cada parroquia lleva el registro del estado civil, y es depositario de los actos mas importantes de la vida privada.

El principio del derecho de primogenitura es absoluto en Andorra. Toda la fortuna pasa al mayor de la familia, que es el jefe y el único apto para desempeñar los cargos públicos. La jóven con quien se casa lleva un dote en dinero. El bien patrimonial no se aumenta. Sus hermanos, cuya instruccion ha sido mas descuidada, permanecen en el hogar paterno, alimentados y sostenidos casi como criados, a menos que no se casen con una heredera.

Vamos á tratar mas extensamente estas diversas prescripciones.

H. C.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La corte en Fontainebleau y los salones cerrados. — Trajes de viaje y de campo. — Novedades de la temporada. — Influencia del alpaga inglés. — Los vestidos blancos. — Los sombreros redondos. — El sombrero Luis XIV, el sombrero Marinero, el sombrero Juan Bart y el sombrero Bate-lera. — Los tocados á la moda. — Nuevos pares de guantes: el guante Viuda y el guante Diana de Poitiers. — Las rededillas invisibles. — El velo careta, el velo corbata y el velo andaluz. — Los pañuelos de encaje de lana blanca. — Dos trajes de campo. — Descripcion del figurin que representa trajes de baile.

La corte está en Fontainebleau, los salones de Paris están cerrados, y la elegancia parisiense se halla dispersada. Naturalmente, para esta prevista emigracion la moda ha tomado sus precauciones, y se han producido bonitos modelos de vestidos de viaje y de campo. Los adornos son mas sencillos que los del año último. Las señoras han comprendido que era de mal gusto

arrastrar en pos de sí una falda tan recargada de ornatos como la muestra de una tienda de novedades. De todo se ponía en aquellas faldas: terciopelos, volantes, encajes, ruches; se habrían podido guarnecer cuatro vestidos con la colección de adornos que entonces se usaban. En la actualidad la moda es más sobria y más sencilla, por lo cual la felicitamos.

Vivimos en una época en que es costumbre copiar los vestidos unos de otros, habiendo poquísimas señoras que se atrevan á salir de la regla ordinaria. De aquí resulta que vemos desfilar los mismos trajes abultados, los mismos sombreros con penachos y con plumas; así como también los mismos rostros pintados, el mismo aire, las mismas vanidades.

Toda señora convencida de su valor, de su hermosura y de su posición, debe vestirse á su antojo y dominar la moda sin aceptarla.

Muchos cuerpos para señoras jóvenes y para niñas se hacen de escote cuadrado con una guimpe suiza ó con un fichu. Hé aquí un vestido de campo, según ese modelo:

El cuerpo lleva una escotadura cuadrada, con un cinturón faja de terciopelo negro ancho ó de tafetán. Un camisolín de pliegues va cerrado en el escote con un rizado por el cual serpentea una cintita de terciopelo negro.

Con este traje de jardín se lleva un sombrero marinero de paja de Italia adornado con un ramillete de florecillas azules, y en el casco una banda de encaje con puntas sueltas.

El alpaga blanco está muy en boga para batas y para vestidos del género Pompadour, delicioso modelo para el campo.

He visto en este género un traje que habría atribuido al pincel de Lancret, si no le hubiese hallado en una tienda de modista de las más famosas.

Era de alpaga blanco con una primera falda orlada por abajo con una banda de tafetán color de rosa, y un precioso rizado que se repetía á corta distancia. La banda de tafetán estaba rayada de listitas de terciopelo negro. Sobre esta primera falda se veía otra también de alpaga recogida con seis lazos. El cuerpo era un zuavo con el mismo adorno en miniatura y mangas de codo, que se abría sobre un camisolín de muselina.

Si el alpaga blanco parece una tela demasiado frágil, se hace de alpaga color de maíz, con banda de tafetán del mismo color y rayas de terciopelo negro.

Nada más lindo que este traje para una señora morena.

— ¿Y si somos rubias? podrán preguntarme algunas de mis lectoras.

En ese caso, no hay más que elegir entre el alpaga gris plateado y gris perla con adornos lila y azul de China.

El alpaga y el foulard son las telas consagradas especialmente para calle.

Sobre el alpaga liso ó rayado se pone encima del dobladillo un grueso rizado de la misma tela cortado en medio por un terciopelo negro ó una gruesa ruche violeta de tafetán recortado. Nada más sencillo.

Las parisienses pasan por lo común de un extremo á otro; es decir, ó llevan vestidos llenos de ornatos, ó se ponen trajes casi lisos.

El vestido de foulard fondo negro con florecillas verdes está muy bien adornado con un pequeño rizado de cinta verde.

El alpaga se guarnece con un rizado de la misma tela coronado con tres listitas de terciopelo negro. El rizado se pone sobre el dobladillo y no al borde, lo que es más sólido.

Los trajes blancos están muy en moda. Para casa citaré una falda de muselina blanca guarnecida de tres volantes rizados guarnecidos cada uno de ellos con una ruche color de malva. El cuerpo es un zuavo de muselina blanca forrado de tafetán malva con igual adorno. Un camisolín ahuecado asoma por este corpiño.

Para bajar al jardín se completa este traje con un sombrero batelera de paja belga adornado con lilas puestas al lado entre los pliegues de una banda de tul con puntas flotantes.

Hay otro traje casero de batista blanca con una falda que lleva por adorno un solo volante con rizados en forma de cresta de gallo. Un pequeño paletó de batista con solapas se cruza sobre el cuerpo liso del vestido.

En cuanto á prendidos de baile de verano, las telas más en boga son la gasa de Chambery, la tarlatana y la muselina, y para esta clase de vestidos se vuelve á los volantes grandes y pequeños.

Los vestidos de muselina bordada no llevan más que dos; pero los bordados son preciosos y se destacan en relieve sobre el fondo. Los volantes se forran de muselina de crespón de color.

Pasemos á los sombreros.

Hay tantos y tantos para los baños de mar y para las excursiones campestres y termales, que no voy á hacer más que enumerar algunos de los más notables, para que elijan mis lectoras.

Un sombrero Emperatriz de paja gris adornado con un pouff de pluma blanca y color de lila, sobre el cual se destaca una pluma blanca con la punta de color de lila. Debajo del ala, por detrás, lazo de encaje flotante.

Un sombrero Luis XIV de paja Habana con lazo de ancha cinta bajo el ala y franja de encaje negro, realzado con un terciopelo color de cereza. Sobre lo alto del sombrero penacho de plumas de avestruz naturales y de plumas color de cereza sosteniendo una larga pluma de avestruz rizada.

Un sombrero Marinero de paja negra con un ramillete de plumas negras prendido con capullos de rosas y un lazo de terciopelo negro con orillas blancas. Un velito de encaje negro cae sobre el rostro.

Un sombrero Juan Bart de paja Panamá con ramillete de plumas blancas y negras sostenido por un grueso lazo de terciopelo punzó. Un velito andaluz de encaje de Chantilly con entredos rodea el casco y se anuda por detrás.

Un sombrero Batelera de paja blanca todo adornado de rosas de cien hojas con capullos á los lados. Por detrás se extiende un lazo de tafetán negro cortado á la pieza con un ancho dobladillo sobre el cual va sujeta una blanca falda.

Me han dicho, y no sé si es verdad, que en vuestros climas privilegiados, amadas lectoras, no se llevan sombreros. Sin embargo, ¿no sería posible probar el sombrero redondo con plumas de colores y ramilletes de flores?

Esta clase de tocado realzaría sin duda vuestra belleza.

Así me sucede, que me encuentro con frecuencia en apuros para hablaros de modas. Yo os digo las modas de París; ¿pero son vuestras modas?

No obstante, hay tantos y tantos caprichos parisienses, que podría elegir aquellos más adecuados, si supiera á qué atenerme respecto á vuestros gustos; ¿no podría alguna de vosotras escribirme dos líneas sobre este asunto?

Mis revistas ganarían mucho, y vosotras hallaríais en ellas cosas útiles.

Puesto que lleváis muchos adornos de cabeza, hé aquí cuatro modelos:

Un tocado *Circasiana* que describe un turbante de encaje con mariposa de tafetán negro por un lado y un grueso capullo de rosa purpúrea. De la mariposa se destaca un tallo con espigas que sostiene otro capullo igual, como una creación de un cuento de hadas ó de la casa de Alejandrina.

Un tocado *Lalla Rouck*, que describe una redecilla oriental de cinta de oro con filete negro. Sobre la frente hay una diadema de blonda con dos copos de plumas blancas mezcladas de espigas de oro.

Una redecilla *Pompadour* de seda azul con adorno de encaje negro y rosas que caen por los lados sobre una barba de encaje.

Un tocado *Bijou-perdu* que describe un fondo de redecilla de blonda blanca con cintas de color de rosa por un lado y de tafetán negro por el otro. En lo alto del adorno una coca de blonda y un ramillete de flores.

Para el campo la moda ha decretado dos clases de guantes que están muy en favor, el guante Viuda y el guante Diana de Poitiers: el uno entra como un miton y modela la muñeca naturalmente, y el otro tiene una vuelta recortada y respunteada como los guantes de los guerreros de la época de Enrique II. El guante Diana de Poitiers es bordado, y con el sombrero Marino va perfectamente. El guante Viuda es para viaje y para jardín, y obtiene mucho éxito.

También debo señalar aquí las redecillas invisibles para sostener el cabello, que se lleva caído muy bajo por detrás.

Tenemos igualmente tres nuevos velitos de encaje; el velo carreta, el velo corbata y el velo andaluz.

El primero con su nombre dice lo que es: cubre el óvalo del rostro.

El segundo se prende por detrás, y el último rodea el casco del sombrero redondo por medio de un entredos, y cae en forma de mantilla puntiaguda por detrás y por delante.

Acaba de aparecer una actualidad sumamente graciosa, y es el pañuelo de encaje de yak, lo que quiere decir tejido de lana blanca.

¿De dónde proviene ese nombre?

Lo he preguntado y hé aquí la explicación:

El yak es el mozalbete de los búfalos; su pelo es más blanco, más brillante, más nacarado y más sedoso.

Voy á completar esta revista describiendo dos trajes de campo.

El primero es de tafetán azul adornado sobre el delantero de la falda con entredos de guipure, y un volante de guipure formando delantal. El mismo adorno se repite sobre el cuerpo. Pañuelo de encaje de Chantilly, y sombrero de paja blanca adornado al lado con plumas negras y blancas; en el interior diadema de florecillas azules.

El segundo traje es de pelo de cabra y está adornado en el bajo de la falda con un volante montado á gruesos pliegues, sostenidos arriba por tres sesgos de tafetán rosa. El cuerpo alto lleva botones y talle redondo. Manteleta de paño de verano (saute-en-barque) adornada con sesgos de tafetán, que se cruza y se abotona con solapas. Sombrero Batelera de paja Panamá adornado de rosas silvestres con lazo de encaje negro.

Terminaré con la descripción del figurín, que representa cuatro prendidos de baile.

Primer traje. — Vestido de tafetán género Pompadour adornado en el bajo de la falda con un plegado de tafetán verde mar. Cuerpo de forma bernesca sostenido por medio de hombreras de cintas sobre las cuales hay un lazo y rosas en las cocas de cinta; un plegado de tafetán adorna el alto del cuerpo, cortado en tres puntas sobre el delantero, y unas draperías de tul ilusión completan lo alto de este modelo, cuyas mangas están formadas por dos bullones de tul. Tocado de rosas. Brazaletes de oro, brillantes y esmeraldas; abanico antiguo.

Segundo traje. — Vestido de crespón liso blanco adornado en el bajo de la falda con tres sesgos bastante anchos de crespón rosado, velados por un encaje cosido llano; sobre cada sesgo se ponen cuatro ó cinco hileras de cinta número 1 de raso blanco. Otra falda rodeada con un sesgo de crespón rosa, cae sobre la primera. Cuerpo adornado con una drapería de crespón terminada por dos sesgos rosados y velados de encaje. Mangas de crespón blanco con tres bullones blancos sobre los cuales serpentean tiras de encaje plegadas sobre crespón rosado. Un cinturón faja de crespón rosado rodea el talle y las puntas están adornadas con encaje. Tocado Pompadour de rosas y margaritas con yerbas por delante. La segunda falda está recogida al lado con rosas y follaje.

Tercer traje. — Vestido de tafetán azul adornado en el bajo de la falda con un volante que se redondea al fin de cada paño; sobre el volante hay un pequeño entredos de guipure negra, y luego sobre el delantero del vestido un delantal de lazos de la misma guipure. Cuerpo formado de bullones de tul ilusión separados con bandas de entredos, y con tirantes de tafetán azul á cuya continuación se pone una bonita blonda blanca. Mangas cortas de tul con bandas de tafetán y blondas fruncidas. En la cabeza unos lazos de tafetán azul. Brazaletes de oro y brillantes.

Ultimo traje. — Vestido de baile para niña, de tafetán malva, cubierto de tarlatana, con la falda toda adornada por pequeños volantes de tarlatana montados á pliegues. Cuerpo de peto y de tirantes formado por un doble rizado de tarlatana; entre los tirantes hay volantes menudos montados á pequeños pliegues. Tocado de cocas de tafetán y crespón malva. Brazaletes de oro y amatistas. Collar de oro formando anillos de cadena gruesa.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La virtud del ejemplo.

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN.)

Al pié de las montañas que separan la Baviera de los Estados de Weimar, está situada la pequeña villa de Hoff, en la que vivía hace algunos años un forastero llamado Loffen. Era bohemio, y figuró en las filas de Austria con el importante grado de mariscal de campo; pero la paz de 1815 habiendo disuelto las tropas que dirigía, se retiró, con una niña llamada Dorotea, que había llegado á ser una linda joven.

Loffen era hombre instruido; mas lo irascible y fogoso de su carácter había turbado la felicidad de su vida y no poco contribuido á su elevación en las armas. Dominado por los infantiles encantos de Dorotea, el que había resistido con valor á sus fuertes enemigos por espacio de treinta años, se convirtió en humilde esclavo de una delicada niña.

Pero un cambio de situación se prepara, ahora que nosotros nos ocupamos de él, pues trata ella de enlazarse con el joven William Munster, que habita una quinta del bosque cercano, á quien conocía desde su llegada á Hoff, y con quien se había relacionado estrechamente.

El joven trataba con su futuro suegro de este asunto.

— Convenido, exclamó separando á un lado las cuentas que le presentaba mister Loffen sin detenerse en examinarlas, nos iremos á la quinta.

— Si tal es su voluntad, añadió el mariscal.

— Allí gozaremos de todo.

Loffen lanzó un sordo y apagado suspiro.

— ¿Sentís nuestra marcha? preguntó seriamente William; si es así nos quedaremos.

— No, hijo mío, respondió el soldado tomándole de la mano; no me inquieta la morada, pero temo la soledad.

William no replicó y siguió al diálogo un silencio grave.

Por último, lanzando sobre el mariscal una mirada furtiva volvió á preguntar:

— ¿Y no hay un medio para remediar esa soledad que temeis tanto?

— ¿Qué medio? ¿cuál?

— Vive en Egra una persona muy cara para vos en otro tiempo...

— ¡Bastante, William, bastante! le interrumpió el mariscal, levantándose como el rayo. Dorotea te habrá enterado de mis disposiciones sobre este particular. Jamás me hables de eso, William, te lo suplico como amigo, te lo mando como padre.

Munster se inclinó y Loffen tomó la puerta.

La persona que vive en Egra, y á la que aludía el joven, no era otra sino la madre de Dorotea. Casada desde muy niña con el mariscal á quien adoraba, el carácter de Loffen vino á turbar la tranquilidad que disfrutaron algún tiempo despues de casados, pues lejos de simpatizar con ella, la irritaba con la oposición de sus ideas, hasta el extremo de cambiar el cariño en indiferencia. Carlota en fin partió á reunirse con sus parientes en Egra, mientras Loffen se acercó en Hoff con su hija. Así pasaban los días y llegó el señalado para la boda. La bendición nupcial debían recibirla á media noche en la iglesia del pueblo, y los amigos del mariscal estaban invitados para reunirse con alguna anticipación. Llegaron al oscurecer y fueron recibidos por los novios con el mayor agasajo. Viéndolos reunidos Loffen intentó separarse de ellos para dar algunas órdenes, pero Dorotea no consintió en su ausencia.

— Perdonad, padre mío, dijo abriendo los brazos: perdonad si me opongo á que salgais, y acordaos que hoy no tenéis derecho para mandar.

— En efecto, es San Silvestre, exclamó un convidado.

El día de San Silvestre se celebra en Baviera y en Hoff de una manera particular. Una costumbre anticuada hace cambiar en este día el orden de las familias, y la autoridad de los padres pasa á manos de los hijos. Así en las fiestas saturnales, los romanos daban algunas horas de libertad á sus esclavos, los que á la vez eran servidos por sus amos.

El mariscal, que constantemente se había declarado en favor de las costumbres añejas, respondió á su hija con una grata sonrisa que á William y á ella dejaba la dirección de todas las cosas.

— Según eso, replicó Dorotea, ¿os sometéis á la ley de San Silvestre?

— Me someto, hija mía.

— Nuestros amigos serán jueces, exclamó la joven volviéndose á los convidados, y además tendré por consejera de gobierno á una señora con quien me relacioné en mi último viaje.

— ¿Sin consultar conmigo? añadió respondiendo el mariscal.

— Es día de San Silvestre, padre mío.

— ¿Y no puedo saber el nombre de esa persona?

— Aquí la teneis, interrumpió William.

Dorotea fué á encontrarla; el mariscal, que se hallaba próximo al balcón, se asomó á él y reconoció á Carlota. Difícil sería explicar la sensación que experimentó Loffen al verla. Era evidente que todo se había dispuesto por Dorotea y su madre, y que se trataba de una reconciliación, confiando tal vez en el embarazo que debía producirle la sorpresa, ó tal vez en su misma debilidad. Un pensamiento mezquino le sugirió esta última idea, y como la edad no había tranquilizado su espíritu, se llenó de indignación. Permaneció en el mismo puesto sin determinarse á tomar ningún partido, cuan-

do apareció Carlota entre William y Dorotea.

— Os presento á madama de Nugel, exclamó esta, fijando en su padre sus hermosos ojos.

Loffen se estremeció.

— Perdonad, balbuceó Carlota, perdonad que no haya anunciado mi venida.

— El mariscal se felicita de las gratas sorpresas de sus amigos, añadió William.

— Además yo lo había dispuesto así por una razón, observó Dorotea.

Su padre le lanzó una mirada imponente.

— Hoy es San Silvestre, continuó la joven sin desconcertarse.

Los señores se aproximaban á la recién llegada, y el mariscal, comprendiendo que debía ocultar sus impresiones, respondió friamente:

— Hija mía, estás en tu derecho, hoy imperas aquí, y la señora es invitada.

— Pasemos al comedor, dijo Munster.

Loffen se colocó en el extremo opuesto de madama de Nugel, resolviendo guardar un profundo silencio que interpretase su disgusto; esta no trató de interrumpirlo, pero el mariscal se hizo cargo de sus mudas atenciones. Satisficieron sus deseos anticipadamente, y los manjares y vinos á que daba preferencia, se los ofrecía Carlota, que no había olvidado sus caprichos. Por vez primera despues de quince años se vió obsequiado con ese cariño de una tierna esposa, que ameniza la existencia del hombre y que no puede verse reemplazado por los desvelos de una hija sin dejar algun vacío.

La voz de William anunció la media noche, ofreció su brazo á madama de Nugel y se dirigieron con el séquito de acompañantes á la iglesia reformada.

Hay una escena de la vida, escena que une para siempre en la tierra á dos seres, que los destina á ser inseparables compañeros con una solemnidad religiosa que conmueve el corazón, pero mas especialmente para un padre tiene esa bendición nupcial algo de grave y patético. Las emociones que acababa de experimentar el mariscal, hablaban á su alma y la inclinaban á la ternura. Por un impulso involuntario se cayeron sus ojos en madama de Nugel, que ocultando el semblante con sus manos suspiraba sordamente. « Al fin es madre, » se dijo, y esta idea le conmovió.

¡ Su madre! ¡ y parecía allí como una extranjera y con un nombre supuesto! ¡ Su madre! ¡ y no completaba con su presencia la felicidad de su hija, porque debían romperse los lazos mas sagrados, y los puros deseos que animaban las almas de Dorotea y William debían convertirse en ilusiones aéreas!

Salieron de la iglesia seguidos de sus acompañantes, y estos se despidieron deseando á los dos jóvenes una existencia de no interrumpidas venturas.

Madama de Nugel se acercó al mariscal pálida y temblando:

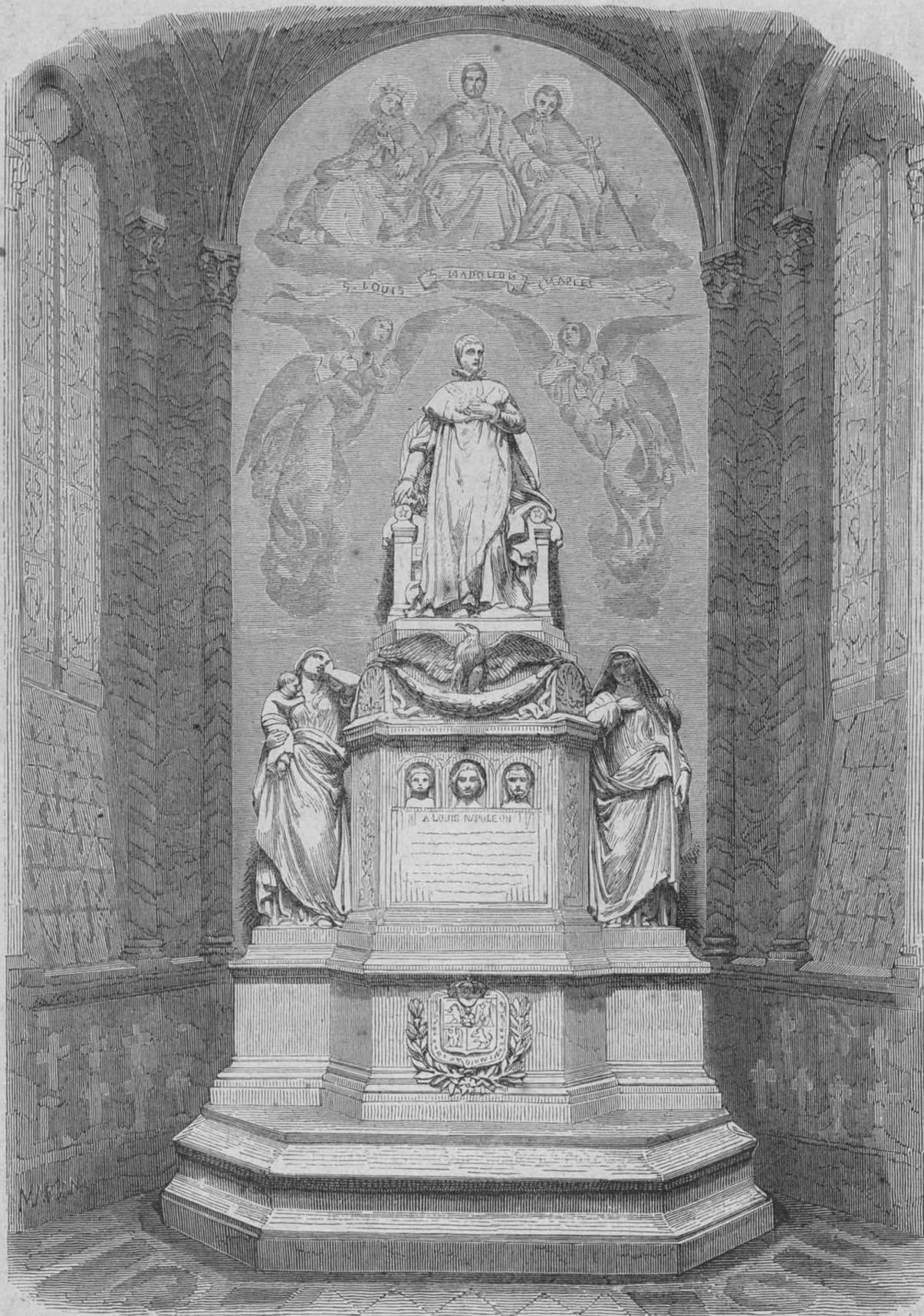
— Señor, le dijo, debemos separarnos, adios pues y gracias; gracias por haberme permitido asistir al enlace de mis hijos. No creais que haya intentado ofenderos con mi presencia. He tenido el atrevimiento de no resistir á las tiernas, repetidas y cariñosas invitaciones de mi niña. No estaba en el orden que se presentase delante del altar como una huérfana, ni que nos echara de menos, ni notase nuestra falta en el momento mas solemne de su vida.

Dijo, y se disponia á partir, cuando una mirada de su esposo obró una completa trasformación.

— ¡ Carlota! murmuró Loffen tendiéndole los brazos.

— ¡ Esposo mio! exclamó ella lanzándose en ellos con efusión.

Dorotea y William se arrodillaron delante de sus pa-



Monumento elevado á la memoria de S. M. Luis Bonaparte en la iglesia de Saint-Leu-Taverny.

dres. El mariscal besó sus frentes, y exclamó con una lágrima en los ojos y una sonrisa en los labios:

— ¡ Benditos los hijos que dan ejemplo á sus mayores! Da órdenes, Dorotea, y sea para tí eterno el día de San Silvestre. O. DE P.

Monumento

ELEVADO EN LA IGLESIA DE SAINT-LEU-TAVERNY A LA MEMORIA DEL REY DE HOLANDA, LUIS BONAPARTE.

El monumento elevado en la iglesia de Saint-Leu-Taverny (cercanias de Paris) á la memoria del antiguo rey de Holanda Luis Bonaparte, padre del emperador Napoleón III, ha sido ejecutado por el estatuero M. Petitot, miembro del Instituto que falleció á principios de junio próximo pasado. Este trabajo le había sido confiado por la voluntad del rey Luis expresada en su testamento. M. Petitot recurrió á las luces de su amigo M. Garnaud, arquitecto, para la composición del basamiento y del pedestal.

Mientras se ocupaba en este trabajo, el Emperador hizo reemplazar la antigua iglesia de Saint-Leu por la iglesia actual, obra de M. Delacroix, arquitecto.

M. Petitot debió modificar su plan en vista del nuevo sitio en donde debía colocar su monumento. Como este tenia que estar pegado á una pared bastante alta, encargó á un pintor amigo suyo, M. A. Leloir, que ejecutara sobre un fondo realzado de oro varias figuras de ángeles que acompañaran á sus estatuas, y los santos sobre unas nubes que llenan la parte superior.

La capilla alumbrada á media luz esta adornada con colores oscuros. Una abertura practicada en la bóveda envia sobre la estatua del rey un vivo resplandor que va disminuyendo en su contorno.

Además de la estatua del rey hay otras dos figuras que representan la Caridad y la Piedad, y que estan hechas en mármol blanco de Carrara; el pedestal tiene un tono mas gris, y el basamiento mas gris todavía, tiene una base de color oscuro.

Las tres cabezas colocadas en el pedestal representan, la del centro á Carlos Bonaparte, padre del rey Luis y de Napoleon I; y las otras dos á los hermanos de S. M. Napoleon III.

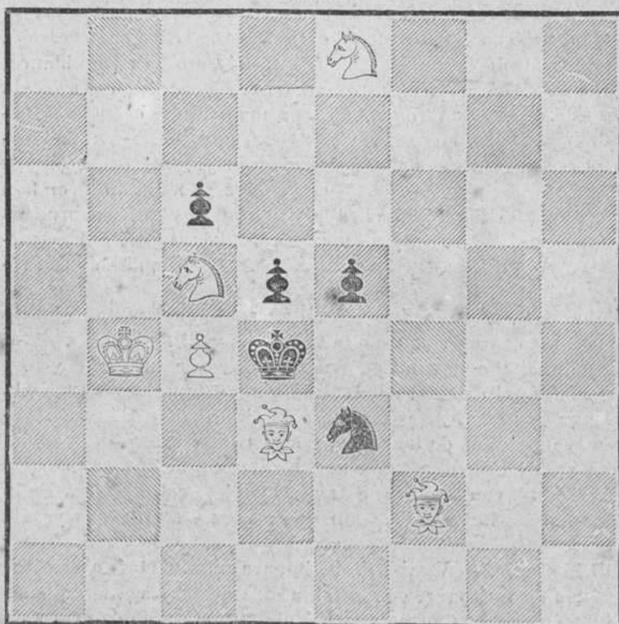
Sus sarcófagos, así como el del rey, se hallan en una bóveda situada debajo del monumento.

M. Petitot encargado de todo este trabajo, concibió el plan primitivo, y sus colaboradores M. Garnaud y M. Leloir no hicieron otra cosa que completar su conjunto. A. L.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 16, POR F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

hechas en mármol blanco de Carrara; el pedestal tiene un tono mas gris, y el basamiento mas gris todavía, tiene una base de color oscuro.

Las tres cabezas colocadas en el pedestal representan, la del centro á Carlos Bonaparte, padre del rey Luis y de Napoleon I; y las otras dos á los hermanos de S. M. Napoleon III.

Sus sarcófagos, así como el del rey, se hallan en una bóveda situada debajo del monumento.

M. Petitot encargado de todo este trabajo, concibió el plan primitivo, y sus colaboradores M. Garnaud y M. Leloir no hicieron otra cosa que completar su conjunto. A. L.

(1) Solucion del número 15.

- | | | |
|------|--------------|----------------------|
| 1 | C 4a CRa | R juega. |
| 2 | PTR 1 paso | P come P (a) |
| 3 | C 6a ARa | P juega (b) |
| 4 | PCRa 2 pasos | P juega |
| 5 | PCRa 1 paso | P juega. |
| 6 | PCRa 1 paso | P hace Ra |
| 7 | P mate | |
|
 | | |
| (a) | 2 | R juega. |
| | 3 | PTR 1 paso |
| | 4 | P come P |
| | 5 | PTR 1 paso |
| | 6 | PTR hace Ra |
| | 7 | Ra 8a CRa jaque-mat. |
|
 | | |
| (b) | 3 | R juega. |
| | 4 | PTR 1 paso, etc. |